

CRISIS

CLARK CARRADOS

CRÍSIS

Colección **ESPACIO**

C R I S I S

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

© Ediciones Toray, S. A.

Depósito legal B. 12.108 - 1959

Registro núm. 4.348 - 59

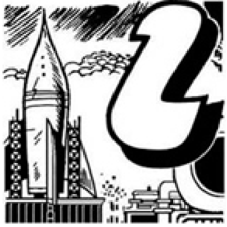
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY — Arnaldo de Oms, 51 - 53 —, Barcelona

CRISIS

Capítulo Primero



A gente estaba ya acostumbrada a los vuelos espaciales. Por eso la llegada del cohete «IB75-300» desde la Base Orbital Tercera al Astropuerto Central, pasaba desapercibida.

Años atrás, la llegada de un cohete con los viajeros que habían desafiado los peligros del espacio, congregaba en el astropuerto y sus alrededores infinidad de gente. Los periodistas y fotógrafos abundaban más que las moscas en una, aldea birmana y la salida de los héroes se producía a través de un doble y espeso cordón de policía que apenas si era suficiente para protegerlos de los locos entusiasmos de la multitud, ávida de contemplarlos, estrechar sus manos y ¿cómo no? solicitar los inevitables autógrafos.

Pero en cuanto los vuelos por el espacio se convirtieron poco

menos que en una cuestión de rutina, la gente se lo tomó con más calma y si algunos iban al astropuerto, fuera de los viajeros que partían o llegaban, lo hacían más como medio de proporcionarse un espectáculo barato y pasar una tarde al aire libre que no porque sintieran un real y poderoso interés por las gigantescas naves que aterrizaban y despegaban en medio de un estrépito ensordecedor.

Por eso, aquella tarde, en el «hall» de viajeros, apenas había dos docenas de apagados espectadores. Por lo mismo, en el borde de la pista de llegada, no se veía más que un periodista y un fotógrafo. Los dos pertenecían a una sesuda revista, especializada en temas científicos y de divulgación científica, y aguardaban a un oscuro profesor para solicitarle unas declaraciones acerca de las plantas productoras de oxígeno que crecían al borde de los canales marcianos.

La nave lanzadera traía una veintena de personas, en su inmensa mayoría hombres que regresaban de Marte. Los primeros que volvieron congregaron allí un millón de personas, aparte de ser televisada su llegada a todo el mundo. Ahora, el viaje a través de, por término medio, 220 millones de kilómetros era considerado poco menos que como una futesa y nadie se preocupaba por los que iban y venían, salvo sus familias y los organismos técnicos correspondientes.

La nave lanzadera enlazaba con las Bases Orbitales, siendo movida por energía química, pues, con el fin de evitar la contaminación radioactiva de la atmósfera, estaba severamente prohibido utilizar la energía atómica, salvo en el espacio exterior, que era por donde circulaban las naves de real alcance interplanetario.

El piloto de la «IB-75-300» había recibido el correspondiente permiso de la torre de control y enfiló la pista de aterrizaje.

Sam Luggins, el reportero de la revista científica, no era tonto. Por ello, además de escribir para la citada revista, lo hacía para una importante agencia de noticias. Olfateó algo raro en la presencia de una ambulancia, con el motor en marcha, situada en el punto exacto donde debía detenerse la «IB-75-300».

Golpeó con el codo, disimuladamente, el costado de su compañero.

—Pete, aquí ocurre algo. Prepárate, que me parece que vamos a sacar tajada del asunto.

— ¿Y el profesor Morillo?

—Me parece que la gente tendrá más interés por lo que espera la ambulancia que no por lo que pueda decir el profesor acerca de las lechugas marcianas. ¡Cuidado! Ahí viene.

Disminuyendo el trueno de sus escapes, la nave rodó velozmente por la pista, frenando con los chorros inversos hasta detenerse

exactamente en la señal que le marcaba el punto de alto.

—Ese Ryschkin es un tío con toda la barba — comentó Luggins, admirado de la perfección de la maniobra.

Los chorros soltaron sus últimos silbidos y se apagaron con un fúnebre lamento. La escotilla fue abierta y un hombre apareció en la misma, agitando frenéticamente la mano.

Los camilleros de la ambulancia corrieron hacia el cohete. Luggins y su fotógrafo también.

Alguien les rechazó.

— ¡Fuera! ¡No queremos periodistas!_

Luggins contestó con un soez insulto y no hizo caso.

—Pete, no pierdas una placa o te arranco la cabellera.

El fotógrafo empezó a disparar su máquina con frenesí. Dos hombres fueron bajados en camilla, en estado semiinconsciente, y colocados en la ambulancia con toda rapidez.

La ambulancia partió a toda marcha, atronando el aire con los aullidos de su sirena. Unos cuantos hombres de uniforme avanzaron amenazadoramente hacia los periodistas, los cuales retrocedieron a toda prisa.

—Nos dejamos al profesor, Sam — jadeó Pete, sosteniendo contra su pecho el tesoro de la cámara fotográfica.

—El diablo cargue con él — masculló Luggins, sin cesar de correr.

Tanto él como su compañero poseían el suficiente entrenamiento para aquellas lides y pudieron alcanzar su coche sin mayores obstáculos.

Mientras Pete conducía a toda velocidad hacia la ciudad, Sam, por radio se había puesto en contacto con la agencia de noticias y les estaban haciendo una completa información de cuanto habían visto. Le acusaron recibo del reportaje le urgieron para que llevara las fotografías cuanto antes y le felicitaron por su sagacidad, prometiéndole un substancioso aumento de sueldo si completaba la información.

Sam cerró el transmisor y se reclinó hacia atrás en el asiento, suspirando satisfecho. Si las cosas le salían bien, podría alzarse de aquella mediocridad en que vegetaba desde que abrazara la profesión de periodista, su nombre se haría célebre y...

—Sam — dijo el fotógrafo.

— ¿Qué quieres, compañero? —contestó el periodista, con aire de condescendiente superioridad.

—La cara de aquellos individuos.

— ¿Qué les ocurría a aquellas caras, Pete?

—No me gustó nada su aspecto, Sam.

Éste se encogió de hombros.

— ¡Bah! Aprensiones tuyas, Pete.

Pete sacudió la cabeza, fuertemente aferradas sus manos al volante del coche.

—No hay aprensiones que valgan. Tenían la cara muy encarnada, casi del color del hígado…

—Debe de ser una nueva enfermedad de los espacios, fácilmente vencible. Recuerda, sin ir más lejos, aquella epidemia de…

—Esta no es una epidemia como la que tú dices, Sam, sino algo mucho más serio. Los hombres que venían en la nave lanzadera estaban evidentemente muy asustados.

—Tú eres pesimista de nacimiento, Pete — refunfuñó Sam. Para mí, esos dos tipos no tienen más que una especie de sarampión marciano que…

Las palabras del periodista fueron interrumpidas bruscamente, por un aullido de los frenos del coche. Pete había pisado a fondo la palanca correspondiente y su compañero había estado a punto de salir a través del parabrisas.

Sam juró, echando mil pestes contra el fotógrafo, pero tuvo que cortar casi en el acto la rociada de improperios.

A pocos metros del lugar en que se habían detenido se divisaba un coche volcado.

Los dos hombres saltaron del suyo, dispuestos a auxiliar a los posibles heridos. Pero ante su enorme sorpresa, no vieron más que a un hombre, muerto instantáneamente como consecuencia del accidente que había reducido su vehículo a un montón de chatarra.

Sin embargo, su sorpresa no provenía del hallazgo del cadáver, sino del hecho de que el rostro del muerto tuviese un color rojo muy pronunciado, vinoso, casi exactamente igual al de la víscera humana que Pete había mencionado anteriormente.

Los dos hombres se miraron mutuamente durante unos segundos.

—Esto parece que va en serio, Pete — comentó apagadamente Sam.

Pete asintió.

—A mí no me gusta nada — murmuró sordamente, pero, fiel a su profesión, no dejó de impresionar un par de placas del accidente, cuidando de hacer resaltar la faz del muerto. La reproducción a todo color se encargaría del resto.

Ninguno de los dos habló hasta llegar a la redacción de la agencia de noticias. Una vez allí, Sam se dispuso a ampliar la información y Pete a preparar las fotografías obtenidas, pero no sabían la sorpresa que les esperaba.

El director do la agencia les hizo ir directamente a su despacho. Allí había varios hombres de civil, con inconfundible aspecto de miembros de la policía secreta, y un par de agentes de uniforme.

Uno de los agentes se hizo cargo de la cámara. Otro, el que parecía mandar aquel imponente aparato policíaco, le recomendó a Sam guardar el más absoluto secreto.

— ¿Por qué? —inquirió el aún estupefacto periodista, rabioso por ver que se le escapaba la mejor ocasión de su vida.

—Razones de seguridad mundial — dijo lacónicamente el policía, el cual, a continuación, miró al director de la agencia —. Señor Pulaski, no lo olvide: publicar una sola línea acerca de lo que sabe podría costarle carísimo. ¡Vámonos, muchachos!

Cuando se marcharon los policías, Sam empezó a jurar como un poseso. El director de la agencia le dejó desahogarse a gusto.

Cuando terminó, le dijo:

—No te preocupes por esta ocasión perdida, Sam. No volverás ya a tener otra.

Sam abrió la boca estúpidamente.

* * *

La habitación era muy grande y espaciosa. Dos de sus muros eran enteramente de cristal, que podía polarizarse a voluntad, con lo cual se hacían opacos o transparentes, según conviniese. En aquel momento, eran opacos, pero, sin embargo, la luz y las imágenes del exterior penetraban a través de su materia.

Otro muro de la habitación estaba convertido en un colosal mapamundi, en el que estaban fielmente representadas todas las regiones del globo terráqueo. En el cuarto muro, en fin, se veían sendas reproducciones de Marte, Venus y la Luna, de acuerdo con los últimos levantamientos cartográficos realizados hasta entonces.

En la habitación había una docena de personas. Dos de ellas eran simples técnicos de transmisiones y estaban junto a un radioteletipo, en el cual se recibían noticias de todas las partes del mundo.

Los mapas murales, en especial el de la Tierra, estaban plagados de banderitas. El color rojo indicaba las zonas afectadas por la misteriosa enfermedad. El blanco indicaba las zonas sanas. El amarillo las dudosas y el azul, en fin, los lugares de donde no se recibía noticia

alguna. El rojo abundaba, predominando enormemente sobre todos los demás. El blanco escaseaba muchísimo. El amarillo dominaba al blanco. El azul quedaba a mitad entre el blanco y el amarillo.

Los hombres vestían, a medias, unos de uniforme y otros de civil. Parecían todos, sin excepción, muy inquietos y desasosegados. Hablaban en voz baja, no atreviéndose a romper el silencio que reinaba en la estancia, con profundidades de cementerio.

Bruscamente, el teletipo chasqueó. Algunos de los presentes se sobresaltaron, asustándose visiblemente.

Otros, en cambio, más serenos, fueron hacia el aparato.

El cloqueo de las teclas duró medio minuto. Al fin, el operador sacó una cuartilla y la leyó en voz alta.

—Informe de la Sanitaria Doscientos Quince. Rangoon y todo el sudoeste de Birmania asolados por la peste. Escasos supervivientes. La frontera tailandesa desierta por completo. Miles de cadáveres...

Con gesto sombrío, uno de los presentes, militar de alta graduación a juzgar por las insignias de su uniforme, se acercó a la pared y empezó a clavar más banderitas rojas.

De pronto, un civil se sentó en un sillón y hundió la cabeza entre las manos. Sus hombros se agitaron convulsivamente.

Nadie hizo el menor caso de aquel llanto. Pero más de una lengua estaba seca y pegada al paladar.

El teletipo continuó enviando noticias, cada vez más pesimistas.

Alguien dijo:

— ¿Dónde está ese condenado Morillo? Hace una hora que le estamos aguardando.

—Habrá muerto también — sugirió otro.

Un militar sacudió la cabeza.

—No lo creo, pero, por si acaso...: ¡Teniente!

El oficial de comunicaciones se irguió:

— ¡Señor!

—Póngase en contacto con el laboratorio del profesor Morillo y pregunte si...

—No es necesario — dijo en aquel momento una voz enérgica y de tonos vibrantes —. Ya estoy aquí.

Todo el mundo se volvió a mirar al recién llegado. El teletipo tableteó una vez más, pero ahora nadie le hizo el menor caso.

Uno de los presentes se adelantó obsequiosamente hasta el profesor, ayudándole a despojarse del abrigo. Los demás le rodearon con expresión ansiosa.

Hubo una corta pausa de silencio, durante la cual, los vivos ojillos del profesor recorrieron, a través de los cristales de sus gafas, los rostros de los circunstantes.

— ¿Y bien?—estalló al fin Donellan, jefe de la Seguridad Mundial.

— ¿Y bien? — repitió como un eco el Secretario de Sanidad.

Morillo meneó la cabeza de derecha a izquierda con gesto, pausado.

—Nada — laconizó.

Después de aquella simple palabra, el silencio volvió nuevamente a la estancia, interrumpido de vez en cuando por el múltiple chasquido del teletipo.

Bruscamente se desencadenó la tormenta.

— ¡Eso no puede ser, profesor!

—Hay un antídoto contra esa peste.

—Usted es el único que puede hallarlo. Búsquelo, profesor.

—Estamos concluyendo el siglo XXI, profesor. Incluso el cáncer ha sido dominado. ¿Cómo no vamos a poder vencer a esa maldita peste roja?

El oficial de comunicaciones se aproximó con un papel en la mano. Tocó el hombro de Donellan.

—Señor, la División Trescientos Uno informa que en el Japón hay ya veintisiete millones de muertos.

— ¡Váyase al diablo, teniente! — masculló Donellan, quien acto seguido volvió su atención hacia Morillo —: Profesor, no me diga usted esa barbaridad. ¡No es posible!

—Por desgracia es así, general — contestó el aludido serenamente.

— ¿Quiere decir que no hay un antibiótico capaz de luchar con éxito contra 1a fiebre marciana? — preguntó el Secretario de Sanidad.

—Así es, señor.

—Le creía a usted más capaz, profesor.

Morillo no hizo caso de las despectivas palabras del secretario.

—Cada uno hace lo que puede, señor. Y yo ya he rebasado, no tanto el límite de mis fuerzas como el de mis conocimientos.

—Los mejores cerebros están trabajando a marchas forzadas — dijo el secretario —. El doctor Dubonnet...

—El doctor Dubonnet acaba de despedirse de mí— dijo

fríamente el profesor —. En estos momentos está agonizando.

Un soplo frío corrió por toda la estancia. El soldado encargado del teletipo se puso en pie.

—Bueno, sí he de morir — dijo metiéndose las manos en los bolsillos y encogiéndose de hombros —, por lo menos, que no me coja trabajando. ¡Adiós, chicos! — dijo confianzudamente, saliendo de la estancia, sin que nadie osara reprenderle ni mucho menos cerrarle el paso.

Donellan miró de nuevo a Morillo.

— ¿Son esas todas las noticias que puede usted proporcionamos, profesor?

—Desgraciadamente, así es, general. La fiebre marciana, la peste roja o como quiera que se le llame, no perdona. Al menos, no tenemos noticia de alguien que haya contraído la enfermedad y haya salido indemne de ella. Es causada por un virus activísimo, el cual ha sido, incluso, visto a través del microscopio; pero contra cuyo mortífero poder se han estrellado todos los remedios conocidos y aun algunos recién inventados.

»La persona que contrae la enfermedad sufre primeramente de escalofríos, vértigos, mareos, fuertes dolores de cabeza, flojedad en las piernas y luego se ve obligada a encamarse. Como ven, una enfermedad, aparentemente como otra cualquiera.

»Pero a las veinticuatro horas la fiebre sube hasta los treinta y nueve o los cuarenta grados, los centros nerviosos son afectados y la parálisis progresiva invade a todos los órganos del cuerpo, especialmente a los de la respiración.

»La muerte — concluyó dramáticamente el profesor—, sobreviene en un período posterior de veinticuatro a treinta y seis horas, nunca superior a este último. En las últimas seis horas, el rostro toma ese color característico que ha hecho que la enfermedad sea llamada de forma tan característica y acertada: “la peste roja”.

Donellan tragó saliva ruidosamente.

—Eso quiere decir, profesor... que la Humanidad está condenada a la extinción total.

Morillo asintió. De pronto se estremeció, pero, dominándose, sonrió:

—Así parece, general. Vaya, — dijo sonriente —; me parece que yo también la he pescado.

Inmediatamente, todos los que le rodeaban se retiraron presurosamente a unos cuantos pasos de distancia, los rostros llenos de aprensión.

Morillo sonrió compasivamente, al mismo tiempo que se acercaba a una mesa y levantaba un teléfono. Mientras marcaba una serie de cifras en el aparato, sonrió:

—Hay — dijo —, un remedio. Yo voy a ponerlo en práctica ahora mismo. Es el único que nos queda.

Una luz de esperanza pudo verse en las pupilas de los presentes. Pero aquella luz se apagó en seguida al oír las siguientes palabras del profesor.

— ¿El padre O'Connor? Sí... Hola, padre, ¿cómo se encuentra? Me alegro, gracias... Escúcheme; estoy en la Oficina Central de Seguridad Mundial... ¿Que si necesito de usted? Ya lo creo... Venga; tiene que confesar a un moribundo... Muy bien; no se preocupe, le dejarán pasar... ¿Que quién es el agonizante, padre? Pues mire,... de momento hay uno pero... — aquí Morillo se detuvo mirando de reojo a los presentes y luego continuó —, no se extrañe si encuentra más de uno.

Morillo colgó el auricular y se enfrentó con aquellos doce hombres.

—Señores — dijo con solemne acento —: ya conocen ustedes cuál es el remedio contra la Peste Roja. «Es el único que hay.»

CAPÍTULO II



L viento silbaba lúgubremente en la ocre llanura marciana.

De vez en cuando, un remolino de polvo se elevaba del suelo, giraba velozmente y corría veloz hacia adelante, deshaciéndose con repentina brusquedad a unos centenares de metros de distancia.

La superficie de las aguas que corrían tranquilas por el anchuroso canal era rizada continuamente por los soplos del frío viento. Las olas chocaban contra los inclinados bordes y rebotaban, volviendo al centro de la lenta corriente, en donde se deshacían para convertirse de inmediato en otras nuevas.

A una veintena de metros del canal había un grupo de rocas. La oscuridad creciente del crepúsculo marciano permitía ver aún a una figura humana en cuclillas junto a una minúscula hoguera, cuyas llamas eran abatidas con intermitente frecuencia por los gélidos soplos

del viento.

A pesar de la protección que le proporcionaban, las rocas y del calorcillo de la hoguera, el hombre tenía frío.

— ¡Maldito país! —rezongó entre dientes, al sentir una cuchillada de aire que se colaba por entre sus fuertes y sólidas ropas de abrigo. Revolvió la comida que se calentaba sobre la lumbre y se acomodó un poco mejor.

Cerca del hombre, se veían los escasos objetos que contenían todas sus pertenencias personales. Un saco de dormir, una manta eléctrica, cuya energía era proporcionada por una diminuta pila atómica, un morral para llevar los víveres y un rifle. De su cinturón le pendía una pistola y, aparte de una cantimplora, no poseía nada más.

El hombre terminó de revolver la comida en la sartén y luego la retiró del fuego. Sacó una cuchara de su bolsillo y se dispuso a comer.

A doscientos metros de aquel lugar, un par de ojos le contemplaban ansiosos a través de unos binoculares, siguiendo sus menores movimientos. Había dos personas y una de ellas preguntó al que estaba mirando con los prismáticos.

— ¿Qué está haciendo ahora?

—Come — fue la lacónica respuesta recibida.

— ¡Comida!

La exclamación brotó de los labios de la segunda persona de un modo instintivo, incontenible. Sin poderse contener, sacó la lengua y se la pasó por los labios resecos y agrietados por el frío viento.

—No te preocupes — dijo el de los binóculos —; nosotros también comeremos... ¡ahora! — concluyó con ferocidad.

Dejó los prismáticos a un lado y tomó un rifle que tenía junto a sí. Apoyó el cañón del arma en la roca y tomó puntería, contemplado ansiosamente por la otra persona que estaba a su lado. Casi en el acto apretó el gatillo.

La detonación resonó desvaída en la tenue atmósfera marciana. El hombre que estaba comiendo, a doscientos metros de distancia, dio un salto convulsivo y cayó al suelo.

El autor del disparo volvió a mirar a través del aparato óptico.

—No se mueve — dijo, y añadió con resolución: ¡Vamos!

Las dos personas recogieron sus también escasas pertenencias y echaron a correr hacia el montón de rocas. Daban grandes saltos, como consecuencia del tercio de gravedad marciana, y en pocos minutos llegaron a su objetivo.

Los ojos de la segunda persona se dilataron con ansia al ver la sartén caída en el suelo. Más de la mitad de la comida que había

contenido se hallaba desparramada por la arena, pero aún quedaba una buena porción dentro. Cogió el utensilio y la cuchara, limpiando ésta contra su cadera.

Mientras tanto, el autor del disparo se dirigía hacia el caído. Con la mano izquierda le asió por uno de los hombros y le hizo dar la vuelta.

Instantáneamente sintió que unos pies se enredaban en los suyos y cayó hacia atrás.

El primer individuo se levantó de un salto, empuñando una pistola. El de los gemelos se incorporó también, tratando de recuperar su rifle, que se le había caído. El de la sartén se agregó a la lucha.

La pistola chocó contra una mandíbula. El hombre de los prismáticos volvió a caer. Quedaba la otra persona, la cual, sin arredrarse, sr arrojó contra el otro, sólo para recibir un terrible golpe en el vientre, seguido de un duro culatazo en la cabeza. También cayó.

El hombre recogió el rifle, asiéndolo por el cañón. Lo levantó en alto, con ánimo sin duda de estrellarlo contra las rocas, pero, pensándolo mejor, se abstuvo de ello y lo arrojó lejos de sí a más de cien metros de distancia. Después se fue hacia la sartén.

Ahora sí que se había desparramado todo su contenido. El hombre renegó suciamente.

— ¡Cochinos...! —gruñó, furioso por la pérdida de aquel precioso plato de comida. Luego golpeó con el pie el cuerpo que tenía más cerca de sí —: ¡Arriba, gandules!

De pronto, algo llamó su atención. Una de las personas se estaba incorporando, frotándose con las manos el dolorido vientre. Al caer se le había escurrido el gorro que cubría su cabeza y los cabellos se le habían esparcido por los hombros en larga catarata de color oro pálido.

— ¡Vaya! —silbó el hombre—. Por lo visto, también las mujeres se dedican al saqueo, ¿eh?

Ella se quedó en el suelo, mirándole con odio no disimulado. Era muy joven y hermosa, aunque en su rostro se advertían claramente las privaciones que sufría. Los pómulos le sobresalían ligeramente de unas mejillas pálidas, no se sabía si por la falta de alimento en condiciones o de unos rayos de sol con debida fuerza.

El otro tenía aún su pistola en la mano. Ella dijo:

— ¿Qué piensa hacer? Si va a matarme, no se entretenga; nunca me ha gustado esperar.

Se oyó una risa gutural.

—Impaciente hasta para morir, ¿eh? Bien, he aquí un

representante característico del mal llamado sexo débil. De acuerdo, hermana; vamos a darle gusto.

La pistola se levantó y apuntó a la frente de la joven. Ésta cerró los ojos.

De nuevo volvió a oírse la risa.

—No tenga cuidado, preciosa. Levántese y viva... aunque se merecía morir solamente por haber estropeado esa magnífica sartén. ¡Vamos, levántese, le digo!

La muchacha, obedeció, con el temor todavía pintado en su lindo rostro. Miró aprensivamente al hombre que sostenía la pistola y luego, volviéndole la espalda se acercó al de los prismáticos, que en aquellos momentos comenzaba a rebullir.

Le ayudó a sentarse en el suelo, apoyándole la espalda contra una roca. El hombre era de mediana edad, pero todavía fuerte. Se frotó la mandíbula, cubierto por los pelos de una corta barba.

— ¡Cielos! ¿Qué me ha ocurrido? ¿Me cayó un asteroide encima?

El de la pistola se plantó frente a la pareja.

—No hay asteroide que valga, amiguito. Fui yo y todavía no sé cómo no apreté el gatillo en lugar de golpearle con el caño del arma.

—Me lo hubiera merecido — dijo secamente el otro —. Yo disparé contra usted.

—Ya lo sé. Pero usted no tuvo en cuenta la corrección debida a la gravedad y por eso apuntó ligeramente alto. Cuando tire sobre un individuo, sobre todo si es a larga distancia, baje siempre el arma un milímetro. Le aseguro que los resultados son sorprendentes.

—Lo dice por experiencia, ¿verdad?

El hombre joven y robusto, pero también con señales de privaciones en su rostro, se encogió de hombros.

—Estoy vivo, amigo, ¿qué quiere que le diga? A propósito, ¿quién es usted?

—Me llamo Carrie, John Carrie — contestó el otro.

— ¡John Carrie! ¡El famoso biólogo! —exclamó el joven, con admiración no reprimida. Luego señaló con el mentón hacia la muchacha —: ¿Su esposa?

—No. Mi hija. Se llama Dorothy.

—Mi nombre es Alain LaSira — contestó el joven quien, a pesar de todo, no enfundaba la pistola —. Mira que encontrarme con nada menos que el célebre Carrie — comentó, entre sarcástico y admirado.

El profesor movió la cabeza.

—Ya puede ver, LaSira, a qué se reducen las pompas y vanidades humanas. Todo un Premio Nobel, y no me tache de inmodesto, asesinando o tratando de asesinar, mejor dicho, para poder sobrevivir. Lo siento —- concluyó.

—Bueno — dijo Alain —, yo me felicito de ello. Lo único que es de lamentar es la comida que se ha perdido. Eso sí que es para sentirlo. A propósito, ¿qué hacía usted por este cochino planeta?

—Vine en viaje de estudios. De ello hace ya unos cuantos años.

—No recuerdo haber oído la noticia de su llegada, profesor — dijo Alain.

Carrie meneó la cabeza con gesto sombrío.

—Fue pocos días antes de que estallara con toda su virulencia la epidemia de la peste roja, LaSira,

—Ustedes sobrevivieron a ella. ¿No contrajeron la enfermedad?

—Sí. Pero tuvimos la suerte de salvarnos.

—Lo mismo me ocurrió a mí. La contraje, pero ignoro por qué estoy vivo. No eran muy frecuentes los casos de salir con vida de la enfermedad.

—Algunos sobrevivieron. No creo que en todo el planeta haya más allá de dos centenares de personas con vida.

Alain silbó.

—Yo creí que habría más — dijo —. ¡Y pensar— agregó —, que no hace cinco años tan siquiera estábamos alcanzando ya el millón!

—Así era — dijo el profesor —. Y estoy seguro que en la Tierra no llegan a cinco mil los vivos.

Alain se inclinó ansiosamente hacia adelante.

— ¿Tiene usted alguna noticia sobre la Tierra?

—Lamento tener que decirle que no, amigo LaSira.

—Pues por ahí hay todavía materiales con los cuales establecer una emisora intentar el contacto con los supervivientes del viejo planeta, profesor.

Este sacudió la cabeza.

—Lo siento — murmuró —; pero las transmisiones radiales no han sido nunca mi especialidad. Ni tampoco las de mi hija, que era mi ayudante en el laboratorio.

—Laboratorio ¿de qué, profesor?

—La Fundación McDorchester me envió aquí para estudiar la vida del canguro marciano y todas sus condiciones físicas y biológicas, con objeto de intentar su aclimatación en la Tierra. Como usted acaso recuerde, todos cuantos ejemplares se llevaros allí, murieron al poco

tiempo.

—Aquí no los parte un rayo — observó reflexivamente e1 joven —. Yo los miro de diferente manera: como productores de suculentos filetes. ¿Y para qué diablos querían reproducirlos en el planeta?

—Había una hipótesis, basada en las condiciones del medio ambiente, LaSira — contestó Carrie —. Si aquí, en este clima tan inhóspito, viven y se desarrollan de modo tan estupendo, ¿por qué no iba a suceder lo mismo en la Tierra, llevándolos a regiones de ambiente más templado? Pero todos, sin excepción, murieron al poco tiempo.

—Seguro que a nadie se lo ocurrió soltarlos por las mesetas tibetanas — dijo Alain, haciendo una mueca —. Además, ¿es que no hay vacas en la Tierra?

—Ahora sí — contestó pensativamente el profesor —. Antes, con el brutal desarrollo de la población, no había las suficientes. Es curioso, la peste roja sólo afectaba a los hombres; los animales fueron siempre inmunes a ella, aun provocándosela por medios artificiales.

Alain se encogió de hombros.

—De mí sé decir que estoy vivo de milagro.

—Algunos se salvaron. Seguramente, haber pasado la enfermedad inmuniza contra riesgos posteriores.

—No esté tan seguro de ello, profesor. Yo he visto a personas que la cogieron una vez y dos también. De la segunda — concluyó el joven rotundamente — no pasaron.

— ¿Es posible tal cosa? — preguntó Carrie con admiración.

Alain hizo un gesto de hastío.

—Sí, por lo que puede verse. A mí, ya me da igual todo. Verdaderamente — y sus ojos contemplaron melancólicamente la sartén volcada por el suelo —, esto no es vida.

—Lo siento — murmuró Carrie con acentos de pesar —, lo siento.

Hubo una corta pausa de silencio, durante la cual sólo se oyó el fúnebre silbido del viento. Ya se había ocultado el sol y las sombras de la noche habían descendido sobre aquel lugar, pobremente alumbrado por las vacilantes llamitas de una hoguera cada vez más reducida.

— ¡Bah! —exclamó el joven al desgaire—, no se preocupe usted, profesor. Bueno, vamos a ver qué podemos hacer para componer un menú medianamente apetitoso.

Dorothy le miró con admiración.

— ¿Cómo? ¿Va usted a damos de comer, Alain?

Este sonrió.

— ¡Qué remedio me queda! Ustedes, a lo que puede verse, no llevan encima un gramo de pan y yo tengo todavía...

—Pero podemos consumir sus reservas — objetó ella, vacilante.

Alain enfundó el arma y luego dio un par de palmadas sobre el cuero.

—Con esto en la mano, tengo comida siempre que quiero... y veo un canguro, por supuesto. Últimamente se han mostrado muy poco comprensivos y en cuanto olfatean un humano, en este caso yo, corren que se las pelan.

«Pero — Alain fue hacia su morral, extrayendo de él un objeto de buen tamaño envuelto en un trozo de tela plástica —, el clima marciano posee una inestimable virtud. Con un poco de sal (yo sé dónde encontrarla), hay más que suficiente para olvidar todas las cámaras frigoríficas del mundo. Ha habido ocasiones en que una pierna de canguro me ha durado más de dos meses en la mochila. Vengan para acá, amigos.

Dorothy ayudó a levantarse a su padre y los dos se aproximaron a la hoguera, cuyo fuego estaba reavivando el joven, mediante la adición de un puñado de ramas secas. El profesor se sentó a corta distancia del fuego. Observándolo con disimulo, Alain se dio cuenta de que sus ojos brillaban al ver la carne surgir de su envoltura protectora.

— ¡Caramba, profesor! —dijo el joven con voluble acento—. ¿Es posible que teniendo usted un rifle no haya conseguido cazar un canguro?

—Mi padre no fue nunca cazador, Alain — dijo ella, ayudándole a preparar un improvisado asador.

—Estoy seguro de ello — murmuró él, desenvainando un cuchillo de monte, de excelente factura y mejor filo.

Probó el arma contra la palma de su mano y sonrió, satisfecho, tomando el trozo de carne por uno de sus extremos —: ¿Quién nos iba a decir que nos veríamos reducidos poco menos que al estado de los hombres que vivieron en la Edad de piedra, verdad?

Alain cortó unas gruesas lonjas de carne del pedazo principal, guardando el resto. Con unas ramas secas las pinchó, colocándolas sobre otras verticales dispuestas a modo de apoyo.

Pronto estuvo la carne asada. Un apetitoso olor se expandió sobre el ambiente. Había tres ramitas, conteniendo cada una un buen filete y Alain las quitó del fuego, entregando una a la muchacha, otra al profesor y reservándose la tercera para él.

—Si la encuentran un poco sosa, disimulen y traguen lo mejor que puedan. Si algo hay escaso aquí es la sal y aunque tengo,

preferiría quedarme sin una pierna a perder el medio kilo corto que aún conservo. No sé cuándo podré ir al sitio dónde hay más y...

Alain se interrumpió de pronto. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver las lágrimas que rodaban por las mejillas del profesor.

Iba a hablar, pero comprendió al instante lo que sucedía.

Carrie dejó caer la rama con la carne asada, se puso en pie y, volviendo la espalda, se alejó de allí unos cuantos pasos.

La muchacha intentó seguirle, pero la mano de Alain se disparó con presteza.

—No — dijo, atrapándola por el brazo —. Déjelo. Déjelo que se desahogue.

Ella se sentó nuevamente en el suelo, sin decidirse a hincarle el diente a su filete.

—Coma y déjelo; ya volverá, no se preocupe.

Comieron en silencio, con buen apetito. A mitad de la comida, regresó el profesor, el cual recogió la carne caída del suelo y la limpió cuidadosamente.

—Les ruego me dispensen, pero no pude contenerme.

—Es muy natural — contestó Alain con cierta indiferencia.

—No, no es natural — dijo exaltadamente Carrie —. No tiene nada de natural que un célebre biólogo, Premio Nobel y una autoridad en la materia, ande por ahí asesinando a la gente para poder comer.

— ¿Cuántos ha matado usted? —preguntó el joven tranquilamente.

Carrie se sobresaltó.

— ¿Eh? ¿Yo? Pues..., ninguno hasta ahora; pero usted estuvo a punto de ser el primero. Lo siento; teníamos verdadera hambre...

—Y la sigue teniendo, al menos usted. Coma y despreocúpese de todo. A usted, profesor, lo que le conviene es habituarse al ambiente. De lo contrario, no vivirá mucho.

La joven intentó animar a su padre.

—Vamos, papá; el señor LaSira tiene toda la razón. La carne está espléndida y... Dame acá; la dejaste enfriar. Voy a calentártela un poco.

Cuando hubieron terminado la somera pero substanciosa refacción, se dispusieron a pasar la noche.

Dorothy se negó a aceptar el saco de dormir que le ofrecía el joven.

Pero éste insistió:

—Mire usted, Dotty, y perdone el diminutivo; yo ya tengo esta manta eléctrica... Por cierto, que tengo que buscar por ahí una célula de silicio, porque la que tengo me parece anda un poco como ella quiere... Bueno, la manta es grande y bajo ella podemos cobijarnos su padre y yo. Usted métase en el saco y no se preocupe de más. ¡Hala, a dormir!

Un cuarto de hora más tarde, reinaba en aquel lugar el silencio más absoluto, interrumpido únicamente por los quejumbrosos silbidos del viento, más espaciados cada vez.

Pero Alain no dormía. Tenía los ojos abiertos y miraba al cielo y del cielo un punto determinado, muy brillante, de un claro color azul.

— ¿Qué harán ahora en la Tierra? —murmuró pocos momentos después, al cerrar los ojos para entrar en un profundo sueño.

CAPÍTULO III



L frío le despertó con sus invisibles punzadas. Alain bostezó y luego se sentó, desperezándose de modo puramente animal.

Bruscamente, el recuerdo de lo sucedido el día anterior le hizo ponerse en pie de un salto. ¡Estaba solo!

Por un momento, temió que el profesor y su hija le hubieran abandonado. Pero no tardó mucho en ver a lo lejos la silueta de Dorothy, inclinada sobre el suelo, seguramente reuniendo ramas secas para la hoguera. Un poco más a su izquierda, el profesor regresaba con un cubo de goma en la mano, trayendo agua del cercano canal.

Echó la manta a un lado, sorprendiéndose mucho al notarla helada. Tanteó el interruptor y lo halló cerrado. En esta operación fue sorprendido por Carrie,

— ¡Ah, hola, buenos días, Alain! —dijo el profesor—. ¿Qué le sucede?

Alain se lo explicó.

—Lo siento — se disculpó Carrie —; he debido ser yo involuntariamente, al despertarme.

—No tiene importancia — contestó el joven —. Bien, voy al canal a asearme un poco. Con permiso.

Cuando regresó, ya ardía un alegre fuego y se calentaba en él el agua. Alain, después de saludar a la muchacha, miró inquisitivamente a ambos.

— ¿Para qué es el agua? — inquirió.

—Verá — dijo ella —. Lo único que nos quedaba era un poco de café en extracto. Estos eran todos nuestros víveres, Alain, y he propuesto a papá tomar una taza para celebrar el encuentro.

Alain sonrió.

—Me parece muy bien — dijo —. Por mi parte, contribuiré al banquete con, aparte de un substancioso filete de canguro, una lata de cerezas en dulce.

Dorothy palmoteo alegremente.

— ¡Éste va a ser el propio festín de Lúculo ! — exclamó, e inmediatamente se afanó para preparar el desayuno.

—La atmósfera marciana, sobre todo después que se la reforzó considerablemente el contenido proporcional de oxígeno, tiene una grandísima virtud y es la de abrir el apetito de una manera enorme — dijo el joven, media hora más tarde, rebañando las últimas gotas del jarabe de la lata. Suspiró satisfecho y exclamó, nostálgico —: Ahora ya sólo me falta una cosa.

Carrie pareció adivinar el pensamiento del joven. Hurgó entre sus bolsillos y sacó algo que deslumbró a Alain: un paquete de cigarrillos.

Alain tomó el suyo casi con reverencia.

— ¡Dios mío! Hace ya un año, no dos... Bueno, ¿qué importa? Profesor, es usted un ángel. O por lo menos — añadió mirando de reojo a Dorothy, la cual se turbó notablemente —, el padre de uno de

ellos.

Los dos hombres fumaron en silencio durante unos minutos. Dorothy se abstuvo del tabaco.

Después, al abrigo de las ropas y sintiendo cada vez más la mejoría de la temperatura, a medida que el sol iba avanzando en su carrera, celebraron una especie de consejo de guerra.

—Creo que deberíamos empezar a hacer planes acerca de nuestro futuro, Alain — dijo el profesor, rompiendo el prolongado silencio.

—Muy bien — repuso el joven —; eso mismo estaba pensando yo. Hable usted primero, profesor. Usted tiene más experiencia y...

Carrie sacudió la cabeza.

—La mía es poco menos que nula, muchacho, aunque, en los últimos tiempos, tanto Dorothy como yo hayamos tenido que desarrollar todo nuestro espíritu de supervivencia. El hombre es así, Alain, no le dé más vueltas; tiene un cerebro magníficamente preparado que le capacita para las mayores empresas; pero, también con la misma facilidad, vuelve en poco tiempo al salvajismo de las edades primitivas.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor. Y ya que hablamos de nuestros cerebros, vamos a utilizarlos para algo útil.

—De acuerdo, muchacho. Mi primera y fundamental opinión es que no podemos seguir así. Hasta ahora, animados quizá por la vaga esperanza de hallar otros congéneres, nos hemos dedicado a un nomadismo más bien perjudicial, en lugar de asentamos definitivamente en un sitio fijo.

—-Yo me aburría donde estaba, profesor — dijo Alain.

—Desde luego; pero, seguramente estarías solo, ¿no es así?

Alain asintió.

—Cuando me recobré de la enfermedad, no había nadie más que yo en aquel lugar. Una vez me hube repuesto, consideré que lo más práctico era buscar algún semejante con el cual intentar una vida en común. Las dos veces que lo conseguí — Alain sacudió la cabeza con pesimismo —, fui recibido a tiros. No he querido repetir la experiencia por tercera vez.

— ¿Dónde estaba usted, Alain?

—En Gorgonum, al sur del Mar de las Sirenas, en el punto donde se unen los canales de Medusa y Gorgona.

—Eso está, está... — dijo el profesor, levantando un ojo al cielo.

—Ciento cincuenta grados longitud Este y veintiocho latitud norte — contestó prestamente Dorothy.

Alain miró asombrado a la muchacha.

— ¡Caramba! Se sabe usted de memoria la geografía marciana.

—Un poco — contestó ella modestamente —. Me gustaba — añadió a guisa de explicación.

—Bien — continuó el profesor —. Sigamos. Estamos al borde de Elison, que cruza con Medusa, a doce grados de distancia de Gorgonum. En mi opinión, yo creo que deberíamos encaminarnos para allí. Supongo que en aquel centro habrá todo lo necesario para la vida, ¿no es así?

Alain meneó con pesimismo la cabeza.

—Usted no sabe cómo quedó después de la huida masiva de todo el personal de aquella base. Lo saquearon todo como si fueran bestias salvajes, abandonando a los moribundos como perros. Total, para ir muriendo ellos por el camino, poco a poco. He visto millares de esqueletos en estos cinco años, profesor, y el camino hacia Gorgonum no tiene nada de agradable.

—Pero allí hay techos, Alain — objetó la muchacha.

—En efecto y cuando no sé dónde ir, vuelvo a Gorgonum. He estado en varias ocasiones y siempre he trabajado algo, procurando poner un poco de orden en el caos que dejaron aquellos miserables. Incluso conseguí recoger una pequeña reserva de comestibles y esconderlos en lugar seguro. Los canguros, últimamente, se mostraban muy esquivos.

—Bien, por ahí es por donde debemos empezar -— dijo con firme acento el profesor —. A nosotros también nos ocurrió tres cuartos de lo mismo. No pudimos hallar un vehículo en condiciones de rodar, Alain. Y de víveres... ya pudo usted ver anoche lo que... Oh, estoy realmente avergonzado, muchacho.

Alain palmeó la rodilla del profesor.

—Bueno, bueno, dejémoslo correr. Ustedes dos son buenas personas y han sabido reconocer su error. Algunos otros no obraron de igual manera y...

Alain se interrumpió súbitamente. Vivía porque había sido más duro, más fuerte y más listo que otros. Y también más rápido y certero en disparar su pistola.

Sacudió la cabeza.

— ¿Cuáles son sus proyectos, profesor?

—Después de llegar a Gorgonum — contestó el aludido —, instalarnos allí. Supongo que habrá los materiales suficientes para, con el tiempo, reinstalar una emisora de radio que nos ponga en contacto con otros grupos que quieran unirse a nosotros para sobrevivir.

— ¡Hum! Profesor, dudo que las cosas sean como usted dice.

—Pero algo hemos de hacer — exclamó Dorothy —. Somos personas, no fieras. Por lo tanto, lo lógico es que nos unamos para resistir mejor esta…

Alain levantó a la vez las dos palmas de sus manos.

—Muy bien, muy bien, de acuerdo. Ahora bien, en la primera parte del proyecto de su padre hay un inconveniente. ¿Cuál de ustedes dos es técnico en comunicaciones?

Carrie y Dorothy le miraron sorprendidos.

— ¿Cómo? ¿Usted no…?

—Entonces, ¿qué hacía usted en Gorgonum, Alain?— inquirió la muchacha.

—Lo siento. Era el jefe de la policía de aquel sector. Sí — añadió un tanto humillado —, ya sé que suena desagradable, pero no por ello es menos cierto. Puedo manejar un transmisor de radio, pero sólo cuando está en perfecto estado de funcionamiento. También sé conducir todo género de vehículos rodantes, así como hasta cohetes de enlace, pero que no se les pinche una goma, porque, entonces ¡adiós!

Hubo una breve pausa de silencio.

—Lamento defraudarles —- murmuró el joven —. Quizá ustedes esperaban encontrar en mí una especie de héroe de novela, capaz de reparar una astronave con medio metro de hilo de cobre y un destornillador, pero eso sólo ocurre en la ficción. Y aquí la realidad es muy distinta… ¡y muy dura además!

Carrie asintió pensativamente.

—La cuestión de la supervivencia no es nada fácil. Podríamos vivir, si nos conformáramos con hacerlo como las bestias: buscando únicamente lo que necesitamos para el sustento humano. Pero somos hombres, y esta es una diferencia que conviene tener muy en cuenta.

—Muy bien, profesor. Sus palabras me parecen magníficas. Vayamos a Gorgonum. Siendo tres, estaremos siempre en mejores condiciones de sobrevivir que si estuviéramos aislados como hasta ahora. A fin de cuentas, lo que sobran son aparatos allí, y uno u otro, a fuerza de tanteos, podremos ponerlos en marcha. El tiempo nos sobra, ¿no les parece?

Dorothy asintió, con una risita nerviosa.

— ¡Vaya una alianza! Un biólogo, una ayudante de laboratorio y un ex policía.

Alain frunció el ceño.

—Dorothy, no olvide usted una cosa fundamental: ese biólogo, esa ayudante de laboratorio y ese ex policía tienen cerebros que

piensan y, lo que es mejor todavía, saben pensar. Con todo esto, dé por seguro que saldremos adelante y… ¡quién sabe si algún día no podremos regresar a la Tierra!

Instintivamente, la muchacha alzó los ojos hacia el cielo, de un azul muy intenso, en el que unas pocas nubes blancas ponían una nota de color.

— ¡La Tierra! — murmuró —. Doscientos veinte millones de kilómetros. Una distancia tan fabulosa como la que nos separa de los límites de la Galaxia.

El padre de la muchacha movió la cabeza.

—No tanto — dijo —. Estamos en mil novecientos noventa y seis y el año que viene la distancia se reducirá a noventa y ocho millones y medio de kilómetros.

En mil novecientos noventa y nueve aún estaremos más próximos: a sólo ochenta y seis millones y medio.

—Lo cual quiere decir — murmuró la joven pensativa —, que si para esa fecha encontrásemos una astronave.

—Y un piloto, no se olvide de ello — la interrumpió Alain.

—Y un piloto — dijo ella muy seriamente —. Entonces, tendríamos muchas posibilidades de regresar a la Tierra.

—Las noticias que se recibían aquí decían que la peste roja alcanzaba únicamente a los seres humanos. No mencionaban para nada a los animales ni a los vegetales.

—Lo cual significa — murmuró Dorothy con acento ensoñador —, que nuestro viejo planeta es ahora un vergel.

— ¡La Tierra!—musitó Alain—. ¿Quién pudiera volver a ella? Sí, creo que tiene usted toda la razón, Dorothy: hallar una astronave debiera ser nuestro objetivo principal y…

El profesor alargó el dedo índice.

—Ahí es donde quería llevaros yo a los dos, muchachos. Aquí, en Marte, ya no tenemos nada que hacer. La humanidad ha quedado prácticamente extinguida y es inútil seguir viviendo aquí. Debemos hacer todo lo posible por regresar al punto de donde, quizá, no debimos salir.

—Veo la cosa muy difícil, profesor — asintió muy pensativo el joven.

—No debemos dejamos llevar por el pesimismo, muchacho. Llevamos encima el bagaje cultural de cientos de años, en particular de los dos últimos siglos, el presente y el pasado, y aunque ignoremos todavía algunas cosas por razón de nuestra especialización profesional, esto solo vale muchísimo. No somos ya labriegos o

palurdos de principios del siglo diecinueve, sino hombres de finales del siglo veintiuno, con una sólida educación científica, que puede servirnos de firme base para los propósitos que albergamos.

»Estoy seguro de que en Gorgonum hallaremos, en forma de libros o microfilms, material suficiente para llevar a cabo nuestros proyectos. Nuestro proyecto, mejor dicho. Tiempo, gracias a Dios, tenemos de sobra, y si rebasáramos el plazo que nos queda hasta la oposición de mil novecientos noventa y nueve, podríamos aguardar confiadamente otra oposición que volviera a aproximar los dos planetas. Los libros y los microfilms que hallemos serán la parte teórica de nuestro programa, que nuestros cerebros y manos convertirán en práctica para volver a la Tierra.

Carne habló con la fe de un iluminado, y su serena faz y sus cálidas frases infundieron una gran confianza a su reducido auditorio. Dorothy tomó una mano del autor de sus días y se la estrechó con gran calor.

—Lo haremos así, papá — dijo.

—Volveremos a la Tierra, profesor — exclamó el joven —. Tiene razón; aquí ya no tenemos nada que hacer.

—Nosotros, no; pero sí quizá nuestros descendientes. Dentro de muchísimos años, volverán a encontrarse en la misma situación: esto es, necesitando salir al espacio. Ellos precisarán entonces de Marte nuevamente. Pero ahora nosotros precisamos de la Tierra... ¡y a ella volveremos!

Después de las últimas palabras del profesor, hubo un corto silencio, en medio del cual se oyeron algunos tenues silbidos del viento. Después, Carrie dijo:

—Seguramente, en Gorgonum habrá algún cohete lanzadera, ¿no? Allí existía un aeródromo de enlace con los satélites que hacían de estaciones orbitales.

Alain meneó con pesimismo la cabeza.

—Para el caso, profesor, es lo mismo que si no estuviera.

— ¿Por qué? —preguntó Dorothy.

—Lo averiaron cuando se produjo el éxodo. Tiene el tren de aterrizaje estropeado por completo y descansa sobre la panza.

Carrie frunció el ceño.

—Ese es un mal asunto, Alain. Nosotros no somos mecánicos.

—Y además carecemos de los medios suficientes para repararlo, profesor.

—Bien — dijo la muchacha -—. Papá dijo que teníamos tiempo de sobra. ¿En qué mejor cosa podemos emplearlo que en la reparación

de ese cohete?

-—Bueno, probar no cuesta nada. Ahora bien, de antemano les advierto que no soy un héroe y que mis cualidades para la mecánica son absolutamente negativas — dijo Alain —. No tendría inconveniente en llevar el cohete hasta Fobos o Deimos donde, seguramente, debe de haber todavía anclada alguna nave espacial. Ahora bien, despegar sin medios, lo considero de todo punto imposible.

— ¿A qué medios se refiere, Alain? — exclamó la muchacha. —. ¿A las ruedas?

—Justamente. Pero existe el gravísimo inconveniente de que el cohete está tumbado de panza en el suelo. ¿Quién es el loco que se arriesga a un despegue en tales condiciones? Arrancaríamos el fondo del aparato antes de los trescientos metros y nos mataríamos todos.

De nuevo volvió a caer el silencio sobre aquel lugar. Al fin, el profesor exclamó:

—Sea lo que sea, lo realmente importante es no estarnos quietos. Las noticias que tenemos es que el millón de almas que en poco tiempo se había reunido en Marte se redujo a dos centenares escasos. Alguno habrá que entienda...

—Todos los que quedan son fieras de dos patas, profesor —-objetó Alain.

—Entonces lo haremos nosotros, muchacho — dijo Carrie calurosamente —. Un año, dos, ¿qué importa si son cinco? El caso es no estar mano sobre mano, viendo pasar el tiempo en balde, consumiéndonos en una exasperante agonía, aguardando con mansedumbre borreguil la hora de nuestra muerte en este desierto. Debemos intentar lo imposible por regresaba la Tierra y lo conseguiremos. Y aun en el caso, improbable, de que tuviéramos que resignamos a vivir definitivamente aquí, ello no sería sin que quedáramos tranquilos por haber puesto de nuestra parte todos los medios para no rendirnos.

Los dos jóvenes aprobaron incondicionalmente las sensatas palabras de Carrie. Luego, mientras la muchacha empezaba a levantar el campamento, Alain fue hasta el sitio donde arrojara la noche anterior el rifle del profesor, y lo recogió.

— ¿Tiene usted muchas municiones? — preguntó a su regreso.

Carrie hizo sonar sus bolsillos.

—Veinticinco o treinta cartuchos.

Alain sopesó especulativamente el arma.

-—En Gorgonum hay más municiones de este calibre, profesor.

Confío en no tener que utilizarlas, pero...

Después de aquello, Alain recogió sus cosas. Abultaban bastante, pero ya en la Tierra habrían sido livianas, de modo que allí, en Marte, el kilo quedaba reducido a poco más de trescientos gramos; de modo que era fácil el transporte de sus pertenencias personales.

Estaban ya a punto de emprender la marcha, cuando Dorothy soltó una exclamación, en voz muy baja;

— ¡Miren! ¡Al otro lado del canal!

El canal estaría a una distancia de unos veinticinco metros escasos y tenía una anchura de doscientos al menos. Era un afluente secundario del principal, más aun así, sus dimensiones imponían.

—Escóndanse tras las rocas, pronto dijo Alain.

El profesor se resistió.

—Yo le ayudaré, Alain.

El joven rio.

—No, profesor. Dispénseme, pero su puntería es pésima. En caso contrario, yo no habría escapado anoche. Déjeme a mí.

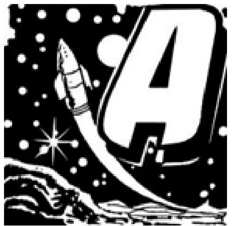
Carrie y Dorothy corrieron a esconderse detrás de las rocas, asomando justamente la nariz para ver lo que iba a suceder. Sin embargo, el joven, precavido, había entregado al profesor su pistola, confiando que a corta distancia sabría utilizarla certeramente.

Metió una bala en la recámara del arma y aguardó.

Era un grupo de cinco o seis siluetas el que se acercaba al borde del canal, con tranquilidad, sin grandes aspavientos. Alain pensó el modo con que aquellas personas iban a franquear la anchurosa corriente del agua y por unos instantes esperó verlas arrojar un bote neumático.

Pero no ocurrió así. Aquellos individuos, sin importarles mucho ni poco la deficiente temperatura reinante, descendieron la cementada pendiente del canal y se echaron a las aguas tranquilamente, empezando a nadar de modo acompasado.

CAPÍTULO IV



PENAS vio Alain echarse a aquellos individuos al agua, comprendió su error.

Un error, por otra parte, muy beneficioso, pensó, puesto que no eran seres humanos, sino aquellos extraños animales que vivían en Marte desde antes de la llegada de los terrestres y a quienes éstos, quizá con un exceso de humorismo, habían dado en llamar canguros.

Su apariencia en cierto modo, no difería gran cosa de los canguros terrestres. Tenían el cuerpo piriforme, cubierto de una gruesa piel de color rojo oscuro, con dos fuertes patas traseras y otras dos delanteras, las cuales, cuando no eran utilizadas, desaparecían tras sendos repliegues de la piel. Los naturalistas sostenían que era un modo de resguardar aquellos miembros del frío ambiente marciano.

Carecían de cola y su cabeza terminaba en una redonda punta que parecía la extremidad superior de la pera que era su cuerpo, constituyendo un todo con éste, sin cuello que sirviese de nexo de unión entre ambos. Tenían dos redondas pupilas, de torpe mirar y un orificio alargado más abajo de los ojos que servía para la doble función de la alimentación y respiración. Orejas no se les veían, pero tenían sentido del oído y muy desarrollado, cosa demostrada por la experiencia. El sentido del olfato parecía residir también en el interior de aquella boca-nariz, aunque estaban muy aletargado. Su principal defensa era el oído, en aquel momento poco menos que inutilizado, puesto que el viento había girado un cuadrante, dando de lleno en el rostro de los humanos.

Alain los conocía bien: hacía cinco años que vivía de ellos.

—Quédense quietos donde están — susurró —, y no hagan el menor ruido.

—Pueden verle — objetó la muchacha en el mismo tono.

Alain negó.

—Son muy torpes para eso. Cuando lo consigan, al menos para uno de ellos no habrá remedio.

Esperó tranquilamente. Conocía bastante bien las costumbres de aquellos extraños animales y sabía qué podía conseguir de los mismos.

Los canguros nadaban, tranquilamente, cortando la comente al sesgo. Alain calculó que saldrían unos cincuenta metros más abajo. Se arrodilló y colocó el rifle en posición.

El primer canguro no tardó mucho en asomar por el arenoso borde del canal. Continuó su camino lentamente, sin preocuparse del resto de la pequeña manada, que surgió acto seguido.

Entonces fue cuando sonó el disparo. La detonación se expandió lentamente a través de la llanura marciana.

Sorprendidos por el estampido, loa canguros echaron a correr, saliendo repentinamente de su tranquilidad aparente. Corrían dando grandes saltos, pero no como sus congéneres terrestres, impulsándose con las patas traseras a modo de potentes ballestas, sino utilizando las piernas como un corredor de vallas, dando enormes zancadas de quince y veinte metros de longitud.

Dorothy salió de detrás de las rocas.

— ¡Dispare otra vez! —exclamó, furiosa al ver el fallo del tiro de Alain.

Éste meneó la cabeza.

—Déjelo. El disparo ha sido certero.

Alain tenía razón.

Súbitamente, uno de los canguros se desplomó al suelo, como fulminado por el rayo.

Los demás animales no se entretuvieron en averiguar lo que le había sucedido a su congénere; por el contrario, como si la caída de éste hubiera obrado como un acicate, redoblaron la velocidad de la marcha, perdiéndose de vista en contados segundos.

— ¿Qué...?—empezó a decir la muchacha, pero Alain no contestó; a grandes zancadas, caminaba ya hacia el lugar donde se había desplomado la bestia.

Cuando Dorothy y su padre llegaron junto a Alain, éste le enseñó un redondo orificio en la piel del animal, por el que salía lentamente un hilo de roja sangre.

Después volvió el cuerpo, enseñándoles otro agujero similar.

—He aquí la explicación de por qué el canguro seguía corriendo — dijo, enseñando acto seguido el rifle —. Las balas que dispara este

rifle, como él mismo también, son del tipo terrestre y, por lo tanto, tienen un peso tres veces menor que en nuestro planeta. Es obvio suponer, pues, que tienen un poder de penetración muy superior al que tendrían en la Tierra y por eso el proyectil atravesó limpiamente el cuerpo del animal. En la Tierra, hubiera caído fulminado tan sólo con el «shock» del impacto; aquí ha necesitado un poco más de tiempo, dando lugar a que se produjera, la hemorragia interna que es lo que en realidad le ha causado la muerte.

Alain sonrió de un modo brillante. Dorothy le correspondió

El joven desenfundó su cuchillo de caza.

—Y ahora, mi linda señorita, si tiene el estómago delicado, apártese un poco. La labor de desollar y descuartizar un animal de éstos tiene muy poco de agradable.

Pero ella meneó la cabeza negativamente.

—Quizá no tenga su práctica, Alain; sin embargo, no es la primera vez que me encuentro en un trance semejante.

Alain asintió, íntimamente satisfecho. Media hora más tarde, espolvoreaba con sal unas cuantas lonjas de la carne del animal, dejando otro tanto en estado natural.

—Consumiremos estas los primeros días. La, temperatura es aún fría y pueden conservarse sin salar hasta cuatro días, antes de empezar a estropearse. Espero — añadió —, encontrarme con más canguros durante nuestro viaje.

—Un poco monótono va a ser el plan de alimentación, pero no podremos quejarnos mientras tengamos esta carne.

Alain suspiró:

—Lo que daría yo por una buena chuleta de cordero con patatas fritas. Esta carne es estupenda, pero después de cinco años de no comer prácticamente otra cosa, uno acaba más que harto. Bien, creo que podemos emprender ya la marcha.

Empacaron la carne con todo cuidado. Antes de dar el primer paso, Alain miró los despojos del canguro.

—Lástima — murmuró —. Si estuviéramos en Gorgonum intentaría curtir la piel. Pero no tengo sal suficiente para intentar siquiera conservarla.

Comenzaron a andar. La escasa gravedad marciana facilitaba la locomoción, lo cual quedaba compensado en parte por la rarefacción de la atmósfera, equivalente a una altura de unos cinco mil metros sobre el nivel del mar en la Tierra. No obstante, ellos estaban acostumbrados ya a la escasez de oxígeno y se defendían muy bien de tal inconveniente.

Caminaron durante todo el día, sin concederse el menor descanso. Al atardecer, cuando ya se disponían a hacer alto, Alain observó el cielo.

Dorothy se dio cuenta de su gesto pesimista.

— ¿Qué está mirando, Alain?

El joven frunció el ceño.

—Después de cinco inviernos pasados a la intemperie, me he convertido ya en un experto meteorólogo. O mucho me engaño, o antes de veinticuatro horas tendremos nieve.

— ¿Nieve aquí? —exclamó la muchacha, muy sorprendida.

— ¡Ajá! Tenga en cuenta que el invierno marciano no ha transcurrido del todo, cosa que pudo observar por el relativo alto nivel de las aguas del canal. Esta nevada será su último ramalazo, pero muy peligroso, con toda seguridad.

—Tendríamos que buscar un refugio. Si nieva, como usted dice, Alain, caminar a través del desierto podría tener consecuencias fatales para todos nosotros — observó el profesor.

—Así es, señor — repuso el joven, el cual, acto seguido, tendió su mano hacia un cercano grupo de rocas —. En mi opinión, lo mejor que podemos hacer es dirigirnos hacia allí.

No perdieron tiempo en inútiles discusiones. La noche se acercaba ya a pasos agigantados y convenía tenerlo todo dispuesto antes de que se les echara la tempestad encima.

Las rocas constituían una aglomeración pétrea de unos cuarenta o cincuenta metros sobre el nivel general de la llanura. El canal estaba situado a unos ciento cincuenta metros, lo que garantizaba el suministro de agua.

Llegaron a su destino en pocos minutos. Alain descargó sus cosas en el suelo y lo mismo hicieron Dorothy y su padre.

—Profesor — dijo —, convendría que explorase usted estas rocas. Una anfractuosidad, por pequeña que fuera, nos iría muy bien para resguardarnos de la tormenta. Mientras tanto, su hija y yo procuraremos leña para el fuego.

Carrie sonrió.

—De acuerdo, hijo mío — repuso, y luego añadió — Es usted un hombre resuelto y enérgico y me gusta su carácter por eso, Alain. No pierde el tiempo en discusiones inútiles, cosa que, en estas circunstancias, resulta muy práctico.

—Gracias, profesor. Celebro que piense usted de ese modo. ¿Vamos, Dotty?

La muchacha asintió. El cielo estaba completamente gris, más

como consecuencia de las nubes que lo velaban completamente, que por el ocaso del Sol, cada vez más acentuado. De vez en cuando, una racha de frío viento golpeaba sus rostros, haciéndoles estremecerse.

La recogida de leña era fácil. Toda la llanura, en aquella región, estaba cubierta de unas extrañas plantas, típicas de la peculiar vegetación marciana, que se agarraban con toda la fuerza de sus profundas raíces al disgregado y arenoso suelo.

Pero los dos jóvenes se desentendieron de las plantas que aún vivían y se dedicaron a las secas y agostadas, que eran las que podían arder con facilidad. Sorprendía la enorme cantidad que podían acarrear en cada brazado, y en escasos minutos recogieron dos grandes montones que dejaron juntos, en espera de ir luego a las rocas y transportarlos con ayuda del saco y las mantas.

Bruscamente, Alain oyó gritar a la muchacha.

El joven tiró inmediatamente la leña que había recogido y corrió hacia donde Dorothy, medio oculta tras un grupo de espesos matorrales, parecía aterrorizada por algo que Alain no podía ver desde donde se encontraba.

Rodeó las matas. Dorothy se le echó encima', cogiéndose a él impulsivamente.

— ¿Qué le ocurre?-—preguntó Alain.

Dorothy estaba muy pálida y respiraba afanosamente.

— ¡Ahí... está detrás de las matas! —fue todo lo que la muchacha pudo decir con voz temblorosa.

Alain desenfundó la pistola.

Rodeando las plantas con precaución, salió al claro inmediato. Exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno, ¿por qué tanto miedo? Está muerto; no puede hacer daño a nadie.

—Ya..., ya lo sé — dijo ella, aún muy temerosa—. Pero... me asustó tanto...

Alain se arrodilló junto al cadáver, reducido a la condición de esqueleto, cuyos huesos blanqueaban lúgubremente en el sombrío crepúsculo.

El muerto estaba completamente vestido y equipado. Sus ropas se habían conservado estupendamente y al lado tenía una bolsa vacía. Pero estaba descalzo.

El joven lo examinó más detenidamente, terminando por hallar en el cráneo un significativo orificio.

—Mire usted aquí, Dotty — exclamó el joven —. Este hombre fue asesinado.

La muchacha se estremeció.

— ¿Para qué?

— ¿Y usted me lo pregunta? —contestó Alain, enseñándole los desnudos huesos de las extremidades inferiores. Luego cogió la bolsa vacía y la invirtió, colocándola boca abajo -—. Estas dos cosas lo explican de manera concluyente: ¡para robarle!

— ¿Quiere usted decir que por un simple par de botas...? —balbuceó Dorothy.

—Y por menos aún— replicó él sombríamente —. Cualquier objeto útil, por insignificante que sea, puede ser causa de la muerte de una persona, Dotty. Incluso una caja de fósforos...

Se interrumpió.

Estaba registrando las ropas del muerto y, de pronto, levantó la mano, enseñando gozosamente un objeto que había encontrado en los bolsillos.

—Vea usted por sí misma, Dotty. Hablábamos de fósforos, ¿no? — y como ella asintiera, Alain continuó —: El que mató a este infeliz se dejó, con toda probabilidad, el objeto de más valor. Considerando que estos fósforos son de los llamados eternos, o sea que se puede encender cada uno de ellos hasta treinta y cuatro veces antes de tirarlo y que, además, hay casi un centenar, es evidente que nuestro hallazgo es un auténtico tesoro.

—A nosotros ya se nos habían agotado — murmuró la muchacha.

—Pues a mí bien pocos me quedaban — dijo Alain, que, de pronto, se dio cuenta de que las sombras eran ya muy acentuadas —. Vámonos de aquí; es casi de noche.

Al regresar cargados con una parte de la leña, se sorprendieron mucho de no hallar al padre de la muchacha ni tampoco sus pertenencias personales.

— ¿Se habrá ido? —murmuró ella temerosa.

Pero sus aprensiones resultaban infundadas. Una oscura silueta les llamó desde un punto situado a casi un centenar de metros.

— ¡Vengan para acá! —gritó el profesor.

Cuando llegaron al punto donde se hallaba éste, lo vieron a la entrada de una cueva.

—Es un sitio estupendo — exclamó Carrie entusiasmado —. Pasen, pasen al interior de su palacio.

Los dos jóvenes obedecieron.

El profesor había trabajado activamente y acomodado todos los objetos en el interior de la anfractuosidad. La entrada a la cueva era

angosta y era preciso curvar las espaldas para franquear su umbral, lo cual, según se mirase, resultaba más bien una ventaja que un inconveniente. El interior venía a medir unos cuatro metros de ancho por el doble de largo y todo el suelo estaba cubierto de una capa de finísima arena, muy seca y apelmazada por el transcurso del tiempo.

—Creo que éste es el mejor sitio que podríamos haber soñado mientras dure el mal tiempo. Podemos hacer la hoguera en la entrada y esto proporcionará el calor suficiente para permanecer con relativa comodidad.

La leña transportada quedó colocada dentro de la cueva, después de que Alain y Dorothy hubieron relatado al profesor su macabro hallazgo.

Carrie meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Mala época es ésta en que vivimos, muchachos, mala época — dijo. Luego, suspirando, añadió, para desviar el tema —: Dame fósforos, Alain; encenderé el fuego mientras hacináis el resto de la leña.

Cuando hubieron terminado, era ya noche cerrada. Las llamas de la hoguera bailoteaban alegremente, arrojando luces y sombras movedizas al fondo de las paredes de la caverna.

Los tres permanecieron junto al fuego después de haber comido unas substanciosas tajadas de carne asada, sin otro aditamento para ahorrar el resto de los víveres, silenciosos, ensimismados, sumidos en sus propios pensamientos.

Al cabo de un rato, Carrie dijo:

—Será cosa de irnos a dormir, muchachos.

Alain asintió.

—Sí, es lo mejor que podemos hacer, profesor.

Prepararon los lechos en el fondo de la caverna, que ahora estaba más caldeada y proporcionaba un tibio y grato ambiente para la estancia en ella. La disposición fue la misma que la noche anterior y una vez tendidos, el silencio cayó sobre ellos.

Pero a Alain le costaba dormirse. Permaneció con los ojos abiertos, mirando el fulgor de la hoguera, cada vez más decreciente a medida que el tiempo pasaba.

En cierta ocasión, pudo evitar un suspiro y la muchacha le oyó.

—No duerme usted, ¿verdad, Alain? — murmuró en voz baja, para no despertar a su padre.

—Estoy cansado, pero no tengo demasiado sueño; ésta es la verdad — declaró él, también en el mismo tono.

— ¿Piensa usted en el muerto que hemos hallado?

Alain sacudió la cabeza.

—No — repuso con indiferencia- —. He visto ya demasiados esqueletos para que uno más pueda impresionarme. Aguarde a que encontremos el camino de Gorgonum y se hartará de ver huesos blanqueando en los arenales.

Ella se estremeció.

— ¡A qué extremos tan horribles hemos pedido llegar, Alain! Una catástrofe que debiera habernos unido más solidariamente que nunca, sólo ha servido para separarnos a cada persona con un profundo abismo, más hondo que el que jamás existió entre los hombres en cualquier época de la Tierra.

-—Eso se debe a que somos hombres — dijo él sombríamente —. De todas formas — agregó —, lo que ocurre ahora es accidental. Un día u otro, forzosamente, hemos de unimos de nuevo. Somos gregarios por naturaleza y a la naturaleza es forzoso obedecerla. Podemos evadir sus mandatos temporalmente, cerne sucede ahora, pero a la larga acabamos por acatarlos.

—Eso pienso yo… y eso espero — suspiró la muchacha.

—Aliada: con la ayuda de Dios — dijo Alain.

—Con la ayuda de Dios — repitió Dorothy.

Después hubo una corta pausa.

—Creo que es hora de dormir, Alain — dijo la joven.

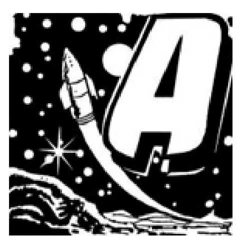
—Sí, tiene razón; durmamos. ¡Hasta mañana!

Aquel corto diálogo había servido con sedativo para el espíritu del joven, quien no tardó ahora mucho tiempo en caer en un profundo y reparador sueño. Su respiración se hizo plácida y sosegada y sus párpados se cerraron.

El fulgor de la hoguera se extinguió unas horas más tarde, sumiendo el interior de la gruta en una total oscuridad. Quizá esto mismo, unido al haber pasado ya del primer sueño, fue lo que despertó, un tanto sobresaltado, a Alain.

O acaso fuera el tenue susurro que se oía en el exterior y que en modo alguno podía confundirse con los silbidos del viento.

Capítulo V



LAIN escuchó atentamente.

No, aquel ruido no podía confundirse en modo alguno con los gemidos del viento. Era el sonido de algo que se arrastraba sigilosamente hacia la gruta.

El joven dedujo en el acto de qué se trataba. Llevaba cinco años de una dura y azarosa existencia en aquel planeta ahora desierto y no en vano había sabido y podido sobrevivir.

Buscó la pistola que había dejado al alcance de su mano, como cada vez que se echaba a dormir, desde hacía ya un lustro. Quitó suavemente el seguro del arma; se incorporó y avanzó unos pasos.

La oscuridad era completa y el frío, a pesar de todas las precauciones, muy penetrante. Deslizándose con el cuerpo pegado a las paredes de la roca, caminó unos cuantos pasos, hasta quedar a dos

o tres metros de distancia de su entrada.

La cueva tenía la forma de un embudo, cuyo desagüe era el orificio de acceso a la misma. Alain pudo, pues, quedar muy cerca de la entrada, con los músculos en tensión, dispuesto para comenzar la lucha en cualquier momento.

Aguardó. El ruido continuaba.

Los expertos oídos del joven le dijeron que se trataba, cuando menos, de dos personas. En un desierto terrestre habría podido decir que se trataba de algún animal, pero allí no había más que aquellos extraños canguros, los cuales soportaban impunemente bajísimas temperaturas, capaces de congelar al más avezado de los esquimales.

Algo tintineó apagadamente. Alain escuchó un cuchicheo, muy bajo, pero de un tono indudablemente áspero. Seguramente, uno de los hombres estaba reprendiendo al otro por su descuido. Pero el joven sabía que no era él quien iba a resultar sorprendido.

En las densas tinieblas que le envolvían, sus pupilas, muy dilatadas, consiguieron ver dos bultos, más oscuros aún que el resto del ambiente. Cerca ya de la cueva, los asaltantes se habían puesto en pie. Alain dedujo que habían debido ver la luz de la hoguera y que, precavidamente, habían aguardado con paciencia a que estuvieran bien dormidos para asaltarles.

Los individuos se acercaron más todavía. Alain levantó la mano y los dejó llegar a un metro de la entrada, al tiempo que se arrodillaba.

— ¡Tirad pronto las armas o disparo! :—gritó bruscamente.

Dorothy se despertó, gritando despavorida. El profesor se sentó en su yacija, buscando apresuradamente su rifle, a tientas.

La respuesta a la intimación de Alain fue un disparo. La llamarada del mismo pareció penetrar en la cueva, y durante una décima de segundo, su fogonazo iluminó los barbudos rostros de dos hombres, uno de ellos terriblemente asustado y sorprendido.

Alain no dejó que le hicieran el segundo disparo. Apretó el gatillo rápidamente, aprovechándose del menor retroceso del arma, lo cual le permitió moverla con facilidad en abanico, soltando todo su cargador en contados segundos.

Las detonaciones resonaron de modo ensordecedor bajo la reducida bóveda de la gruta. Al mismo tiempo, sus fogonazos permitieron a Alain ver una silueta que se desplomaba de espaldas, fulminado el individuo por los proyectiles.

Apenas sintió que el cargador estaba vacío, Alain se tiró de espaldas, tratando de hurtar el cuerpo a posibles disparos enemigos. Pero nadie respondió ya al fuego de su pistola.

El joven salió fuera de la cueva. Tropezó con un cuerpo tendido casi en la entrada y rodó por el suelo, pero se levantó presurosamente. A corta distancia de él se oían unos pasos presurosos.

El también corrió.

— ¡Eh, usted! ¡Deténgase o dispararé! — exclamó, tratando de intimidar al fugitivo.

Éste se detuvo en un punto desde el cual no podía verle el joven.

—No me mate — gimió —. Me entrego:

—Venga para acá — ordenó Alain —. Y tenga en cuenta — mintió, dándose cuenta de que el otro estaba desarmado —, que al primer gesto le llenaré el estómago de plomo.

Unos pasos cautelosos se acercaron en la oscuridad. Alain mantuvo en alto el arma, dispuesto a utilizarla, en caso preciso, como instrumento contundente.

—Estoy desarmado — dijo el asaltante, con un inequívoco temblor, en la voz.

—Eso es algo que quiero comprobar por mí mismo— repuso duramente Alain —. Ponga las manos en la nuca y no las baje si aprecia en algo su pellejo.

Algo frío y húmedo le acarició el rostro. Frunció el ceño: sus presentimientos acerca de la tormenta de nieve no le habían engañado. Ya empezaban a caer los primeros copos.

Una oscura silueta se materializó a pocos pasos de distancia.

—No se acerque más — exclamó el joven.

— ¡Alain! —gritó Dorothy—. ¿Está bien?

—Sí, perfectamente. He cobrado una pieza; enciendan un poco de fuego para ver el aspecto que tiene.

Un chispazo rojizo surgió en la boca de la cueva.

Alain escuchó un grito ahogado de la muchacha y supuso, acertadamente, que acababa de descubrir el cuerpo del individuo a quien había baleado.

Precavidamente, se acercó al otro, rodeándole. Le cogió por el cuello y, clavándole la boca del arma en los riñones, lo empujó hacia adelante.

Pronto estuvieron todos dentro de la cueva. Ya ardían unas cuantas ramas en la entrada, proporcionando la luz suficiente para verse con facilidad las caras.

El individuo a quien Alain había apresado era un hombre de unos cuarenta años, delgado pero fuerte, con las ropas bastante estropeadas, barbudo, con unos vivos ojos negros, en los cuales sin

embargo, se veía una expresión de impotente desespero, más que de odio hacia su captor.

Las manos de Alain le registraron, hallándole únicamente una pequeña navaja. Luego le empujó otra vez, tirándole contra la pared.

—Puedes bajar las manos — dijo, y el otro obedeció con un suspiro—: ¿Quién eres? ¿Qué pretendíais de nosotros?

—Me llamo Ramón Benítez... y en cuanto a lo que buscábamos, ya se lo puede usted imaginar.

Alain le habló secamente:

—Pues si quieres comida, ya puedes irte con viento fresco de aquí. Nosotros tenemos la justa y no podemos darte nada.

Una expresión de resignada impotencia apareció en el rostro de, Benítez.

—Está bien —- dijo apagadamente —. Cuestión de mala suerte. Todavía estoy vivo, de modo que no puedo quejarme.

—Eso es: mala suerte — replicó acremente el joven —. Pero si yo no estoy alerta, vosotros nos hubierais matado, ¿no es así?

Benítez se abstuvo de contestar.

En aquel momento se acercó Carrie.

—El otro — anunció —, está muerto. Lo he registrado, pero no llevaba nada encima, salvo una pistola vacía.

—Era nuestro último cartucho — murmuró Benítez, muy abatido.

—Pues lo habéis gastado en vano. Ya puedes largarte de aquí cuando quieras y, como has dicho antes, contento por haber salvado el pellejo, Pero oye una cosa: si intentas algo contra nosotros, dispararé sin contemplaciones, ¿te enteras?

El otro asintió. Entonces intervino Dorothy.

Exclamó:

— ¿Cómo? ¿Piensa usted arrojarle fuera, Alain? ¿Con el tiempo que hace?

El dedo del joven señaló acusadoramente hacia Benítez.

—Este hombre es un forajido — exclamó, airado —. ¿Por qué se acercaron tan sigilosamente a nosotros? ¿Por qué dispararon cuando les intimé a tirar las armas? ¿No le parece que, si hubieran abrigado intenciones pacíficas, se habrían rendido en el acto? ¿Qué quiere que haga, pues, con él?

Los argumentos de Alain parecieron convencer a la muchacha, la cual asintió en silencio.

Alain volvió a mirar a su prisionero.

—Te devolveré la navaja — dijo —. Los canguros son tontos y si lo haces con cuidado, siempre estás a tiempo de atrapar uno de ellos.

Benítez no contestó; estaba demasiado abatido por su fracaso para ello. Recogió la navaja para franquear su umbral y desapareció en la noche.

Durante unos minutos, después de la marcha del forajido, reinó en la cueva un silencio absoluto. Después, Dorothy lo quebrantó diciendo:

—No debiera haber obrado así, Alain.

El joven no la miró a ella, sino a su padre.

— ¿Cuál es su opinión, profesor?

Carrie vaciló antes de dar su respuesta.

—Así no lograremos nunca realizar la unión que necesitamos entre los escasos supervivientes de la raza humana que somos, Alain.

—Si nos dejamos llevar por la compasión, no sobreviviremos, profesor.

—Haga lo que mejor le parezca, Alain; yo no soy quien para señalarle una norma de conducta.

El joven se encogió de hombros, en tanto recargaba pensativamente la pistola.

—Creo — dijo lentamente —, que lo mejor que podemos hacer es volver a acostamos. Mejor dicho, ustedes dos, porque yo me quedaré de guardia en la entrada.

Carrie y su hija asintieron, retirándose de nuevo a sus respectivos lechos. Por su parte, Alain arrojó un nuevo brazado de leña a la hoguera y se sentó frente a ella, la pistola en las manos, mirando con aire meditabundo el progreso de las llamas.

Así le sorprendió la llegada del nuevo día. Cuando las primeras luces del alba empezaron a dispersar las tinieblas, Alain sacudió el cuerpo y se incorporó, estremeciéndose de pies a cabeza.

Después de reavivar la hoguera, salió al exterior.

Miró con aire especulativo el cuerpo del individuo muerto, que yacía aún en el mismo lugar donde fuera abatido. Pensó en que tenía que enterrarlo o, por lo menos apartarlo de allí, pero sin los característicos manchones negros que en la Tierra formaban los árboles y casas del paisaje. Y los copos, grandes, enormes, seguían cayendo mansamente, pero sin solución de continuidad.

Un ruido a sus espaldas le hizo volver la cabeza.

Era la muchacha. Dorothy llevaba el cubo en la mano y no pudo por menos de estremecerse al ver el cuerpo tendido en el suelo.

—Voy por agua al canal — dijo —; papá quiere tomar un poco de café

Alain alargó la mano.

—Deme; yo iré —- y ella asintió quedamente.

La nieve caía con intensidad, pero la baja temperatura era soportable merced a la casi total ausencia de viento. Alain sabía que aquel era el último coletazo del invierno marciano, pero no por ello debían descuidar sus precauciones.

En algunos lugares, el agua del canal había vuelto a congelarse. Alain llenó el cubo y regresó a la cueva.

La espesura de los copos le ocultaba casi por completo el amontonamiento de rocas. Avanzó hacia ellas dándose prisa para llegar cuanto antes a lugar abrigado y de pronto vio algo que le hizo ponerse sobre alerta de inmediato.

Unos ojos brillantes le miraban fijamente desde una pequeña anfractuosidad rocosa.

El primer impulso de Alain fue sacar la pistola, pero muy pronto hubo de convencerse de que el propietario de aquellos ojos era totalmente inofensivo.

— ¿Qué haces ahí? —gruñó, de mal talante, quizá ocultando con el áspero tono de su voz el sentimiento de compasión que repentinamente se había apoderado de su ánimo.

La respuesta tardó un poco en llegarle.

— ¿Qué quiere que haga? — murmuró Benítez, encogido, totalmente aterido por el frío —. Es el mejor lugar que he podido encontrar para resguardarme de la tormenta. Hasta que pase o... o me muera helado.

—Está bien — dijo el joven —. Vente con nosotros. Te hubiera matado anoche, pero ahora me falta el valor para dejarte morir como a un perro.

Benítez se irguió con dificultad, sacando las manos de debajo de los sobacos, en donde las había tenido para darles algo de calor. Humildemente, alargó una de ellas.

—Déjeme; yo llevaré el cubo.

—No hace falta; ¿crees que no puedo? Pero te advierto una cosa: no intentes nada contra nosotros o te encontrarás con una bala entre las cejas, ¿me oyes?

—Descuide, señor. No podría hacerlo...

—No me llames señor -— gruñó el joven, un poco molesto por lo que él consideraba un inútil sentimentalismo —. Mi nombre es Alain, ¿Entiendes?

—Sí, se… digo, sí, Alain.

La llegada de los dos hombres a la cueva fue acogida con gran satisfacción por parte del profesor y con una brillante sonrisa de los labios de la muchacha. Carrie estrechó con fuerza la mano del joven.

—Me alegro de que haya obrado así, Alain. Estoy seguro de que, en lo sucesivo, el amigo Benítez olvidará lo que quiso hacer anoche. Recuerde — añadió el profesor muy serio —, que yo también intenté algo parecido.

—No, si yo tengo vocación de Hermana de la Caridad— refunfuñó el joven. Se volvió hacia el nuevo compañero —. ¿Tienes hambre?

Benítez se pasó la lengua por los labios. El gesto era sobrado elocuente para no ser comprendido.

—De acuerdo — añadió Alain —; dentro de poco lo habrás calmado. ¿Cuánto tiempo hace que no comes?

—Tres días, señor. Perdón, Alain.

— ¡Tres días! — se estremeció Carrie —. Es milagroso que hayas podido sobrevivir.

Alain salió nuevamente de la cueva. Tenía que hacer todavía algo antes de desayunar.

Cuando hubo concluido, el cadáver del asaltante muerto había sido llevado a un lugar más apartado. Alain lo registró cuidadosamente, sin hallarle nada de particular y, en el fondo de su ánimo, comprendió perfectamente las intenciones de Benítez y el muerto. Carecían de todo y, después de tres días sin comer, era lógico que procurasen satisfacer sus necesidades al precio que fuera.

Sintió una infinita compasión hacia el muerto. Ya no se podía hacer nada por él y ni siquiera el hecho de que, de haber tenido mejor puntería, sería él quien ahora yacería bajo la nieve, le libró de un vago remordimiento de conciencia que sabía iba a tardar muchos días en borrársele.

Cuando regresó, Dorothy le salió al paso. Los ojos de la muchacha brillaban con un fulgor especial bajo los pliegues de la capucha que cubría su cabeza.

La muchacha asió con ambas manos los hombros de Alain.

—Le felicito. De todo corazón, Alain.

— ¡Bah! No haga caso. Creo que me estoy ablandando y…

Ella sacudió la cabeza.

—No se ablandó. Usted es así, y no sabe cuánto me alegro de ello.

—No podía dejarlo morir ahí fuera, ¿verdad?

—Cierto, Alain. Y un día Alguien se lo recompensará. Alguien que, en una época semejante a ésta, con nieve y con frío, andaba buscando cobijo y los hombres no se lo dieron.

— ¿Cuándo fue eso? —preguntó él, sin acabar de comprender.

—Hace dos mil años, Alain — contestó ella, muy seria —. También nevaba y no tenía alojamiento. Sus padres se refugiaron en una cueva... y allí nació Él.

— ¡Oh! — exclamó Alain, comprendiendo de súbito. Calló un momento y luego miró recto al fondo de los ojos de la muchacha.

—Vámonos — dijo secamente después de un carraspeo.

Un cuarto de hora más tarde el desayuno estaba listo. Benítez miraba el café y el tasajo con ojos de hambriento, pero supo dominarse y comer sin dar excesivas muestras de voracidad. Alain se fijó entonces en que las privaciones lo habían adelgazado bastante, cosa que se advertía con sólo fijarse en la aguda prominencia de sus pómulos, que amenazaban con rasgarle la piel de las mejillas.

La substanciosa comida y un par de tazas de café hirviente reanimaron notablemente al abatido individuo. Carrie sacó cigarrillos al finalizar.

— ¿Celebramos también algo? —sonrió Alain, expeliendo el humo.

Carrie miró a Benítez.

—Sí — dijo —: la llegada de nuestro nuevo compañero. Benítez, ¿qué era usted y qué hacía aquí?

—Estaba empleado en la «Mercury», señor — contestó el aludido —. Ustedes ya recordarán; era una empresa privada de transportes interplanetarios.

Un soplo de esperanza se albergó por un instante en el corazón del joven.

— ¿Qué cargo tenía allí? ¿Era técnico?

—Lamento tener que decirle que no, Alain. Yo— y Benítez sonrió amargamente a través de su poblada barba —, era el gerente general de la compañía para su División de Marte. Si la palabra técnico se refiere a la mecánica o la física, en lo que a mí concierna no sirve. Soy... era, mejor dicho, un burócrata. De cierta categoría, pero burócrata, al fin y al cabo.

—Poco más o menos lo mismo que yo — murmuró Alain, con desaliento —. Está bien, Benítez; se quedará con nosotros.

—Gracias otra vez y... y les ruego perdonen lo que queríamos hacerles anoche. Pero... estábamos hambrientos y ya no veíamos nada que no fuera comer. No sé siquiera cómo tuvimos la paciencia

necesaria para esperar tanto tiempo.

— ¿Quién era el muerto, Benítez?

—Se llamaba Chester Ruyff. Era el piloto de una de las naves de la compañía. La peste roja le sorprendió en la base orbital de Deimos y para no morirse de hambre, bajó al planeta con el último cohete que salió del satélite.

— ¿Dónde está ese cohete? ¡Pronto, Benítez!— gritó el joven ansiosamente.

—En Gorgonum. Ruyff era piloto de astronave, no de cohete lanzadera. Por eso lo estropeó en el aterrizaje. Al menos, eso dijo él.

Alain crispó sus puños,

— ¡En Gorgonum! —mascculló sordamente—. Precisamente es ahí adonde nos dirigimos nosotros. Y he tenido que ser yo el que matara al único hombre que...

Hubo una tensa pausa de silencio, durante la cual se pudo oír claramente el crepitar de las llamas en la hoguera. Fuera, la nieve seguía cayendo con infinita mansedumbre, sin cejar en su intensidad.

CAPÍTULO VI


ON los brazos cruzados sobra el pecho, Alain miraba fijamente el inmenso panorama nevado que se extendía hasta perderse de vista en el horizonte.

Lucía el sol y sus rayos calentaban bastante la atmósfera, aunque no lo suficiente como para elevar la temperatura por encima del cero de la escala termométrica. Sin embargo, en comparación con el frío de los días pasados, la estancia al aire libre resultaba perfectamente soportable.

— ¿En qué piensa usted? — dijo de pronto una voz a su lado.

Alain no volvió la cabeza; se sentía incapaz de mirar a la muchacha.

—En las ironías del destino — dijo —. Es brutal, pero no por ello menos cierto. Vivo porque he sido más rápido que otros; ¿de qué me serviría ocultarlo? La peste roja desencadenó sobre los escasos supervivientes humanos un ansia loca de vivir a cualquier coste. No me reprocho ninguna de las muertes que he cometido; ellos me habrían matado a mí si yo hubiera sido menos listo. Defendía mi vida, al fin y al cabo, ¿comprende?

Dorothy asintió en silencio.

—No vaya a creer usted tampoco que yo tengo mi cementerio particular — siguió Alain —. Dos veces intenté acercarme a los hombres y las dos veces me echaron a tiros; creo habérselo dicho, ¿verdad? No intenté siquiera la tercera. Pero también otras dos veces...

—Por favor, Alain — dijo ella suavemente —; no siga. Nadie le reprocha nada ni usted tiene tampoco por qué acusarse a sí mismo de algo que fue tan inevitable como el día y la noche. Todo lo que pudiera haber hecho quedó borrado con el gesto de recoger a Benítez. Ésa sí que es una acción noble y loable, Alain.

—Tengo el corazón de cera — gruñó él.

—No; es usted un hombre, en todo el sentido de la palabra — replicó la muchacha con cierta vehemencia —. Lo que hizo usted sólo lo hubiera hecho un hombre de pies a cabeza... y usted lo es, Alain. Vale más ese gesto que cualquier otra cosa que haya podido hacer en el pasado, incluyendo el olvido que tuvo para con nuestro intento de

asesinato.

—Bueno — bromeó él, bastante aliviado por las palabras de consuelo de la muchacha —; a última hora, usted me va a colocar una aureola en torno a la cabeza.

—Posiblemente se la merezca, Alain — y de pronto, unos pasos hicieron crujir la delgada costra de nieve helada.

Carrie y Benítez se acercaban, conversando entre sí.

Les dos hombres se detuvieron sonrientes al llegar a su altura.

El profesor habló:

—Alain, implícitamente le hemos reconocido a usted la jefatura del grupo.

—Le advierto que renuncié a mi cargo hace tiempo bromeó el joven.

—Está usted en un error — dijo muy serio Carrie. Alain frunció el entrecejo.

—Explíquese, se lo ruego.

—Usted sigue siendo un policía, una autoridad, su suma, Alain. Alguien que podía hacerlo, le confirió a usted cierta potestad sobre todos nosotros; un poder con ciertas limitaciones; pero que nadie, pese a lo ocurrido, ha derogado todavía.

El joven se puso pálido.

— ¿Adónde va usted a parar, profesor?

—De momento a ninguna parte. Pero si un día, aquí o en la Tierra, nos organizamos, forzosamente será preciso reconocerle a usted el cargo que tenía anteriormente. Naturalmente que si constituimos una comunidad, ésta, por votación, habría de confirmarle en el empleo. Las leyes viejas subsisten, aunque muchas de ellas habrán de ser acomodadas al nuevo orden de cosas. Pero, substancialmente, la esencia espiritual de la persona humana no ha variado todavía y es preciso que empecemos ya a pensar en el futuro. El pasado no debe ser un lecho para dormir, sino un trampolín que nos proyecte hacia adelante.

—Valdría usted para abogado, profesor — sonrió Alain.

—Gracias. Considero el elogio en lo que vale.

— ¿Y usted, Benítez, qué dice a ello? —se dirigió el joven a su nuevo compañero.

—Estoy en un todo de acuerdo con lo que dice el profesor. Somos hombres, no fieras, aunque — Benítez titubeó un segundo, pero no tardó en afirmar la voz —: en ocasiones nos hayamos portado como ellas.

—Muy bien —dijo Alain —; de acuerdo. Acepto la jefatura. Ahora bien, ¿qué más tenían ustedes que decirme?

—Una cosa tan solo: ¿cuándo emprendemos la marcha?

Alain arrojó una mirada especulativa en torno suyo antes de contestar:

—Verán, mi opinión es que el tiempo tiende a mejorar. Ahora bien, no tenemos tanta prisa como para echar a andar hoy mismo. Debemos esperar aún unos cuantos días.

— ¿Por qué? —inquirió Dorothy, y Alain la miró.

—Por la nieve.

—Pero si ya no cae más...

—No se trata de que vuelva a nevar o no, sino, simplemente, de que carecemos de gafas negras. Yo lo he pasado y sé lo que duele. Antes de dos días tendríamos encima sendas conjuntivitis que nos dejarían en gran desventaja para proseguir la marcha, si es que no nos incapacitaban para ella. Ustedes no pueden darse cuenta de lo que es caminar kilómetro tras kilómetro soportando la reverberación de la nieve, sin la menor protección para la pupila. Pero esto, sin duda, el profesor lo sabe mejor que yo.

—Tiene usted razón, Alain; no había caído en ello. ¿Entonces...? —dijo el aludido.

—Esperaremos unos días. En el momento en que empiece la fusión, emprenderemos la marcha. ¿Les parece bien?

Todos asintieron de modo unánime a las palabras del joven. Éste añadió:

—Mientras tanto, procuraremos incrementar nuestras reservas de carne, cazando algún canguro. Benítez, usted vendrá conmigo a dar una pequeña batida por los alrededores. Regresaremos antes de que la nieve empiece a dañamos los ojos.

Benítez asintió.

—Iré a disponerlo todo — dijo, dando media vuelta.

Discretamente, Carrie dejó solos a los dos jóvenes.

—Alain — dijo ella al cabo de unos instantes.

— ¿Qué, Dotty?

—Antes... antes mencionó usted las ironías del destino. ¿A qué quería referirse con esa frase?

El rostro del joven se ensombreció súbitamente.

—Derivó nuestra conversación cuando estábamos hablando de... de las veces que tuve que luchar. Cuando llegaron Benítez y su compañero fue una de ellas— ¡ojalá sea la última! —... y mire usted

por dónde fui a disparar contra, por ahora, el único hombre que sabía pilotar una astronave.

*   *   *

El pequeño grupo de caminantes se detuvo al borde del canal.

Unos metros más allá se divisaba una enorme masa de agua, cuyo término alcanzaba casi los confines del horizonte visible.

—Si alguien dice un día que Marte es un planeta seco, quemaré vivo al aguafiestas — murmuró Alain.

Cerca de ellos desembocaba el canal que hasta entonces habían seguido y sus aguas se unían con movimiento apenas perceptible al otro, cuya anchura era de varias decenas de kilómetros.

—Bueno — suspiró el joven —; ya estamos en Medusa. Ahora sólo nos falta seguir caminando por el borde para llegar a Gorgonum.

— ¿Cuánto tiempo cree usted que invertiremos en ello? — preguntó el profesor.

Alain hizo un rápido cálculo.

—Aproximadamente, son mil trescientos o mil cuatrocientos kilómetros los que nos separan de Gorgonum. La última vez empleé más de dos meses en recorrer dicha distancia, claro está que no lo hice seguido ni mucho menos. Nosotros podemos reducir dicho tiempo a un mes, pero considero este plazo un poco corto, dado que tendríamos que caminar demasiado y tampoco nos conviene fatigamos excesivamente.

—De acuerdo —- asintió el profesor —. Pongamos, entonces, seis semanas. Esto hace una media de treinta kilómetros diarios, lo cual es bastante aceptable, sobre todo si tenemos en cuenta el tercio de gravedad que reina aquí.

—Perfectamente. Celebro que estén de acuerdo conmigo — dijo Alain, dando por implícito el asentimiento de la muchacha y Benítez —. Lástima de algún bote a motor; nos llevaría allí en menos de una semana.

—No creo que haya ninguno por estos alrededores— murmuró Carrie, mirando en torno suyo.

—Con un buen balandro me conformaría. Antes de la gran catástrofe, el deporte náutico empezaba a tomar carta de naturaleza aquí — exclamó Dorothy.

—Pues no se ve nada de eso, de modo que cuanto más tiempo perdamos en charlas inútiles, peor para nosotros. ¡En marcha! — ordenó Alain, predicando con el ejemplo.

Dos días más tarde mataron un canguro. Su carne, aparte de

proporcionarles un magnifico banquete, les sirvió para reponer su ya enflaquecida despensa. En vista de la gran escasez de sal, Alain cortó la carne no consumida de inmediato en largas y estrechas tiras, que ahumó luego en una hoguera de leña verde.

— ¡Je! — dijo mientras daba vuelta al palo del que pendía una larga serie de lonchas de carne.

Benítez, a su lado, hacía lo propio, en tanto que Carrie merodeaba por los alrededores en busca de más combustible para la hoguera.

— ¿De qué se ría usted? — preguntó Dorothy, curiosa.

—De nuestro aspecto. ¡Lástima de una cámara fotográfica! Cómo me gustaría ver mi imagen actual reproducida en una cartulina.

—Pues le aseguro que no iba a dormir en una semana al menos — contestó la muchacha, muy seria.

— ¿Tan mal estoy?

—Dígaselo usted mismo, Benítez.

El aludido sonrió.

—Que me mire a mí — dijo —. No le harán falta espejos ni fotografías.

Alain hizo una mueca.

—Me rindo. Es más que suficiente. Con ver a Benítez y luego imaginarme el aspecto de uno de los hombres que vivieron en la edad de las hachas de sílex, tengo más que suficiente.

—La nuestra es una, era bastante parecida, Alain— dijo Dorothy,

—Escríbalo y fírmelo; nadie se levantará para contradecirla.

En aquel momento sopló el viento, arrojando el humo al rostro del joven, Alain tosió y lagrimeó, echando pestes de la nueva época en que vivía. Afortunadamente, pensó, todavía había bastante humedad en el ambiente como consecuencia de la reciente fusión de las nieves, por lo que el polvo del desierto no era de temer.

Se apartó un poco de la hoguera, variando de posición, de modo que la brisa le diera en la espalda. Así, charlando animadamente, permanecieron unos minutos más, hasta que, de pronto, vieron venir al profesor, caminando apresuradamente.

Alain intuyó que algo grave ocurría, no sólo porque Carrie llegaba con las manos vacías de leña, sino porque su rostro aparecía demudado.

—Sostenga usted esto — dijo a Benítez, entregándole el palo con las tiras de carne aún a medio ahumar.

Salió al encuentro del padre de la muchacha, junto con ésta.

— ¿Qué ocurre, profesor? — inquirió.

—Alguien se acerca hacia aquí — contestó el aludido —. Estaba cogiendo leña en esa colina cercana y desde allí lo he visto.

— ¿Por dónde viene?

El brazo del profesor se tendió en dirección al canal.

—Por ahí — afirmó muy serio.

— ¿Eh? ¿Qué?

Alain y la muchacha giraron sus cabezas. Mientras tanto, Carrie fue, presurosamente, en busca de los prismáticos.

Forzando la vista, el joven pudo ver un puntito negro que destacaba claramente sobre la espejeante superficie del canal. La falta de puntos de referencia impidió a Alain averiguar nada práctico sobre su tamaño, pero no le cupo duda de que era una embarcación.

Carrie se lo confirmó momentos más tarde.

—Es un bote — dijo.

— ¿Cuántos vienen en él?

—Yo no veo a nadie — dijo, y le pasó los prismáticos a Alain para que éste pudiera hacer observaciones.

Después de centrar el objetivo, Alain graduó los oculares, dando el máximo de aumento a los prismáticos. Ahora la imagen de la embarcación se veía mucho mejor y sus detalles eran mucho más perceptibles.

—El viento — dijo Alain al cabo de un momento de atento examen —, la empuja hacia aquí.

—Puede estar ocupado — sugirió Dorothy.

—Ciertamente — asintió Alain —. Lo más seguro es que el humo de la hoguera, que se alzaba mucho, haya sido visto por los tripulantes del bote. Puesto que ignoramos sus intenciones, lo mejor será que estemos prevenidos y... ¡Ah, ya veo a uno de ellos! Compruébelo usted mismo, profesor — dijo Alain, pasándole el aparato óptico.

—En efecto — contestó Carrie, tras unos minutos de atenta observación —. Veo una cabeza que sobresale del borde... y unos hombros...

—Lo mejor será tomar las armas. Escondernos ya es imposible, puesto que han visto el humo. Pero no nos tomarán por sorpresa, desde luego — exclamó Alain con gesto ceñudo.

Dejando a Benítez cuidar del ahumado de la cena esperaron la llegada del bote, que tardó bastante en acercarse. En una ocasión, el viento pareció girar y lo empujó de costado.

— ¡Qué diablos hace ese estúpido! — gruñó el joven, impaciente.

Pero poco a poco, a una velocidad imperceptible, el bote continuaba acercándose. Al fin estuvo lo suficientemente próximo para que sus detalles pudieran apreciarse con bastante claridad.

En el primer momento, sólo vieron a una persona tendida en el fondo de la embarcación, con la espalda apoyada contra la borda de la misma.

— ¡Está muerto! —exclamó la muchacha.

—Muerto o vivo, este bote va a tener un valor inapreciable para nosotros — exclamó Alain, examinándolo con ojo crítico —. Mal nos ha de ir para no hacer funcionar el motor o, en el peor de los casos, montarle una vela sea como sea.

La embarcación fue acercándose lentamente a la orilla, despedida a veces hacia fuera por los remolinos que el viento hacía al chocar contra el borde del canal. Pero, al fin, su proa tocó contra el cemento y aquél fue el momento elegido por Alain para saltar a bordo del bote.

En la proa del mismo había una cuerda, que arrojó a la orilla.

— ¡Cójanla! —gritó, y el profesor tomó el extremo del cabo, asegurándolo al tronco de una mata próxima.

Benítez acudió también para ayudar. El bote prometía ser un auxilio valiosísimo para el logro de su objetivo. Inclinada sobre el borde del canal, Dorothy presenció todas las operaciones y vio cómo Alain examinaba al yerto ocupante de la embarcación, el cual aparecía cubierto por un gran montón de ropas.

De pronto, Alain y Benítez se irguieron, terriblemente desconcertados.

El primero tenía un bulto en la mano. Súbitamente, el bulto se agitó y de su interior salió un quejido.

— ¡Un niño! — exclamó Dorothy.

—Está medio helado y, seguramente, muy hambriento, pero vivirá. Benítez, lléveselo junto al fuego.

— ¿Quién es la persona que queda? — preguntó Dorothy.

—Su madre, con toda seguridad —- contestó Alain tristemente.

Carrie saltó al interior del bote. Echó las ropas a un lado y auscultó el pecho de la mujer, cuyo lívido y afilado rostro indicaba bien a las claras las penalidades que había sufrido.

—Vive — exclamó, al cabo de un rato -—. Inanición. Frío. Éstos son los males de la mujer. Nada que no pueda curarse con una adecuada alimentación.

— ¿Cómo lo sabe usted? —inquirió el joven.

—No olvide que, antes de especializarme en biología, hube de

graduarme en Medicina general. Llévela arriba, Alain, lo más pronto que pueda.

Seguro el bote en sus amarras, quedó allí, en tanto el pequeño grupo se dirigía al campamento. Dorothy tomó en sus brazos al pequeño, dándose cuenta de que apenas tenía seis meses de edad.

—Un serio problema para nosotros — masculló el profesor —. Esperemos que viva su madre; de lo contrario, no sé si el niño podrá sobreviviría.

Alain entendió. Sin añadir una sola palabra, llenó una lata con agua y la puso al fuego, echando en su interior unos buenos trozos de carne, junte con usa pizca de sal.

—El caldo le irá bien a la madre — dijo.

El profesor asintió, yendo a buscar más leña seca.

Mientras tanto, el niño no cesaba de llorar. Para calmar su llanto, Benítez le dio un trocito de carne asada, sosteniéndolo en sus manos, de modo que el pequeño pudiese chuparlo.

—Es el único remedio posible por el momento— dijo —. Si su pequeño estómago no lo resiste hasta que su madre esté repuesta un tanto...

Echaron más leña a la hoguera. Mientras tanto, Dorothy, habiendo traspasado el niño a Benítez definitivamente, se ocupaba, en unión de Alain, de reanimar a la mujer, frotándole vigorosamente los miembros para hacerla reaccionar. Moviéndose, el frío no se notaba mucho; pero en estado de quietud y con una deficiente o nula alimentación, la temperatura reinante podía, causar estragos en un cuerpo depauperado como era el de aquella joven madre.

Ésta tardó un buen rato en abrir los ojos, cuando ya la pareja desesperaba de volverla a la vida. Miró en tomo suyo, con voz apagada, hasta que de pronto, despertó a la realidad.

— ¡Mi hijo! ¿Dónde está el niño?

—Cálmese, señora. Su chico está en buenas manos, como usted misma. Vamos a tratar de restablecer a los dos con un substancioso caldo que no tardará mucho en estar listo. Mientras tanto — siguió el joven —, quédese quieta y no se mueva.

—Gracias... — musitó con apenas un hilo de voz —, gracias otra vez. Son ustedes muy buenos.

—Bah, no tiene ninguna importancia—dijo Alain—. Nos damos por contentos con haberle salvado la vida a usted y a su hijo. Dentro de pocos días estará repuesta y ni se acordará de...

De pronto, la mujer se enderezó.

—Acordarme, dice usted... Jamás podría olvidarlo, amigo mío.

Me quedé sola y desvalida y... Escuchen, ya no sabía qué hacer. Mi marido me abandonó para buscar comida para nosotros dos... Ya no teníamos apenas qué comer. Dijo que volvería pronto... pero de ello hace ya más de tres meses... ¿Lo han visto ustedes? Se llama Chester Ruyff.

CAPÍTULO VII



N medio de un helado silencio, Alain empezó a empacar sus pertenencias.

Hacía ya dos o tres días que encontrasen a Marta Ruyff y a su hijito, y la abundante alimentación, ya que no variaba, habla hecho que la mujer recobrase buena parte de sus energías perdidas, adquiriendo un aspecto infinitamente mejor que el que tenía cuando la encontraron. Todavía se hallaba demasiado débil para soportar las penalidades de una jornada de marcha, pero se confiaba en reparar el motor del bote.

El profesor y Benítez estaban dentro de la embarcación, tratando de poner en marcha el motor. Éste era eléctrico, movido por una célula de silicio radioactivada, la cual, por medio de una batería, proporcionaba la energía suficiente para la transmisión de fuerza a la hélice, durante un período de tiempo prácticamente interminable. Dorothy estaba junto a Marta en un lugar resguardado. Alain se encontraba quince o veinte metros más allá.

Marta Ruyff ya sabía que su marido había muerto. Sin embargo, por una tácita unión entre las cuatro personas, nadie le había

mencionado, hasta el momento, la forma en que lo había sido. No obstante, la mujer había notado la tensión existente entre las personas que la habían recogido cada vez que se había mencionado el nombre de Chester Ruyff, pero, prudentemente, se había abstenido de hacer más averiguaciones.

Las dos mujeres estaban charlando cuando, de pronto, Marta se dio cuenta de las extrañas maniobras del joven.

— ¿Qué es lo que está haciendo Alain? ¿Acaso pretende marcharse de aquí?

Dorothy frunció el ceño.

Desde que llegara Marta Ruyff, la muchacha había notado el extraño cambio sufrido en la mente del joven. Naturalmente, comprendía la posición de Alain, pero también comprendía los sucesos y sabía que lo ocurrido había sido de todo punto inevitable y que, en buena ley, no cabía culpar al joven de nada.

—Voy a ver — dijo la muchacha —. Dispénseme un momento, Marta.

Dorothy se levantó y caminó sin prisas hacia donde se encontraba Alain.

En aquel momento, el joven terminaba de prepararlo todo y se cargaba la mochila a la espalda.

Vio llegar a Dorothy y sonrió con forzada indiferencia.

— ¡Ah, hola, Dotty!

— ¿Qué hace usted, Alain?

—Pues, ya lo ve usted, liar el petate y largarme de aquí.

— ¿Solo?

Alain hizo una mueca.

—Naturalmente — gruñó—. ¿Qué quería que hiciese?

Ella meneó la cabeza.

—Eso no está bien, Alain.

El joven terminó de afianzarse a la espalda las correas de la mochila. Luego la miró con el ceño fruncido.

— ¿Qué es lo que no está bien, Dotty?

—Irse de esta manera, cuando ya falta poco para conseguir que el motor de la embarcación funcione.

— Mejor para ustedes — dijo secamente Alain —. Así no tendrán que caminar para llegar a Gorgonum.

—Entonces, ¿hacia dónde piensa usted dirigirse, Alain?

El aludido se encogió de hombros.

—En dirección casi opuesta — contestó —, está Center City. Allí me las apañaré para...

Dorothy avanzó un paso y cogió al joven por los hombros.

—Míreme a la cara, Alain. Sea franco y dígame cuáles son las causas que le impulsan a esta resolución tan descabellada.

—Hombre, pues, yo... El bote es un poco chico y...

— ¡Deje el bote en paz! Eso no es cierto; hay en él sitio para dos o tres personas más, con toda comodidad, y usted lo sabe bien. Se marcha por otros motivos.

— ¿Qué le importan a usted esos motivos, si es que en realidad existen? Me marcho porque sí, porque quiero, y este debe serle suficiente. Estoy aburrido y...

Dorothy meneó la cabeza.

—Me defrauda usted, Alain. Le creía hecho de una pasta muy diferente. Pensé que era un hombre y no es más que un chiquillo que no sabe dominar sus rabietas. Diga la verdad de una vez. No sea cobarde. Si hay algo que no puedo tolerar en un hombre es el engaño y la cobardía — le increpó con voz enérgica la muchacha —. Usted no se va porque sí ni porque esté aburrido de nosotros, sino por huir de Marta Ruyff y de su hijo. Atrévase a decirme que miento, Alain LaSira.

Los ojos del joven chispearon.

—Muy bien — dijo en tono bajo, pero perfectamente audible—; si usted lo quiere así... Sí, me voy por Marta y por su hijito. Tenían un marido y un padre respectivamente. Chester Ruyff salió en busca de comida para ellos. La encontró. Pero yo lo maté. ¿Qué quiere que haga? ¿Pedirle perdón?

—No. No puede pedirle perdón a la viuda de Ruyff, porque éste le hubiera matado a usted, de haber acertado con su disparo. Fue un juego en el que la puesta era la vida y usted ganó. Ahora bien, lo que procede en este caso es ir a Marta y contárselo todo, diciéndole la verdad desnuda, sin paliativos. Sabe usted que nosotros, y el mismo Benítez, le respaldaremos. Pero no debe huir así, de esta manera tan cobarde.

—Bobby Ruyff está sin padre porque yo le llené el cuerpo de plomo — insistió él tercamente.

—Un día será mayor y sabrá la forma en que murió su padre y sabrá comprenderlo. Si se le dice la verdad, cara a cara, desenfada y sin tapujos. Como ahora debe usted decírselo a su madre. Marcharse así, además de cobardía, es una vileza.

— ¿Una...?

—Sí — se acaloró la muchacha —, porque estamos empezando a

organizamos como sociedad humana, aunque en este momento no seamos más que una infinitesimal partícula de ella. Usted, al marcharse, pone en peligro nuestra supervivencia, no la de nosotros cuatro en particular, sino la de todos los hombres en general, al disgregar un grupo que apenas si ha comenzado a formarse. Y todo, ¿por qué?

—Demasiado lo sabe usted — gruñó él.

—Sí, lo sé. Lo sé y lo he visto. Puede que usted sienta remordimientos de conciencia, Alain. Eso no es una deshonra sino, antes al contrario, algo que habla magníficamente en favor suyo. Sólo los animales y los criminales empedernidos carecen de conciencia. Y usted quiere tranquilizarla, huyendo de Marta Ruyff y su hijito. Pero obtendrá unos resultados totalmente distintos a los que espera, marchándose de aquí para vagar por los arenales de Marte. No quiero decirle cuáles son esos resultados; tiene usted inteligencia suficiente para comprenderlo por sí mismo y si no la tiene, entonces sí es verdad que merece alejarse de nosotros y no vemos nunca más.

Dorothy soltó de un tirón toda aquella parrafada. Al terminar, quedó sin aliento, jadeante, con el rostro más hermoso que nunca, encamado por el esfuerzo.

Alain la miró a los ojos.

—Tiene usted un pico de oro. ¿Qué quiere que haga?

—Vaya y enfréntese con su destino. Háblele a Marta Ruyff. Cuénteselo todo, sin ocultarle nada en absoluto. Si ella no comprende... Bien, es que entonces tampoco merece estar entre nosotros. Ella y usted han de saber acomodarse a las nuevas circunstancias creadas por este instintivo afán de supervivencia que late en todo corazón humano. Cuando su marido marchó en busca de alimentos, ella ya sabía los riesgos a que se exponía.

Hubo una corta pausa. Después, Dorothy alargó las manos y comenzó a desceñir las correas que sujetaban la mochila a los hombros del joven.

—Vaya y hable con Marta — y luego de un brevísimo intervalo, añadió en voz baja —: Hágalo por mí, Alain, se lo suplico.

Él asintió en silencio. Depositó en el suelo nuevamente todos sus objetos y dio un paso hacia adelante. Se detuvo, volvió la cabeza y miró a Dorothy. Al fin, suspiró y se dirigió hacia donde estaba la señora Ruyff.

Marta le miró llegar con expresión inquisitiva. Estaba sentada, al resguardo de una pequeña roca, en un lugar muy soleado, meciendo suavemente al niño, que tenía en sus brazos.

Alain se sentó en el suelo, frente a ella, con las piernas dobladas

bajo el cuerpo. Se dijo que lo mejor era salir cuanto antes del apuro.

—Señora Ruyff, tengo que hablarle a usted— dijo.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Lo sé. Y también sé de qué quiere hablarme, Alain. Usted mató a mi marido.

El joven la miró rectamente a los ojos.

—Sí. Yo lo maté. Destruí su vida a tiros.

—Él quiso hacer lo mismo con usted, Alain.

—Pero yo no tengo mujer y un hijo…

Ella meneó la cabeza.

—Alain, no vivimos ahora una vida común y ordinaria. Escuche usted.

«Chester y yo nos casamos poco antes de que él hiciera su última singladura Tierra-Marte. Hicimos el viaje de novios en la astronave que él pilotaba. Juntos enfermamos de la peste roja y juntos nos salvamos. También descendimos juntos al planeta, únicos supervivientes de todos cuantos habían venido en la nave y de cuantos se hallaban en la base del satélite.

»Chester no era piloto de cohete, por lo cual estropeó el que nos trajo aquí. Pero esto no nos importaba; estábamos vivos y juntos y el hecho valía para nosotros más que cualquier otra cosa del mundo. Así pasaron cinco años. Bobby nació cuando ya pensábamos que yo era estéril. Nació en las peores circunstancias que pueda usted imaginarse. Yo quedé muy débil después de su nacimiento. No teníamos nada con qué renovar nuestro pequeño «stock» de víveres, por lo que Chester decidió emprender la marcha, dejándonos casi todo a Bobby y a mí, en tanto buscaba algo que comer. No lo halló; eso es todo.

Alain dijo:

—No lo halló por mi culpa.

Marta Ruyff sacudió la cabeza.

—Usted se defendió. ¿Sabía cuándo disparó contra él que tenía esposa e hijo? ¿Sabía mi marido, acaso, si usted también era casado? Cuando Chester quiso asaltarle, lo mismo que Benítez, no sabía nada de eso. Y usted no se defendía solamente a sí mismo, sino también a Dorothy y a su padre. ¿Es que las vidas de éstos valían menos que las de mi marido y aun la suya propia, Alain?

»Usted pudo matar a Chester. Lo hizo. Conforme. ¿De qué me servirían ahora los reproches? ¿De qué le servirían a usted mismo sus lamentaciones? ¿Le volverían a la vida? Además, lo que pudo hacer, lo que hizo, para mí, queda borrado ante un hecho de tremenda importancia, que ha pasado usted por alto, Alain. Usted no ha

reparado en él, pero yo sí.

— ¿A qué se refiere usted, Marta? — preguntó el joven, sin comprender.

La mujer sonrió de un modo singular. Levantó una punta de la manta que cubría la faz del niño y sé lo enseñó.

—A Bobby me refiero, Alain. Si mató al padre, usted salvó su vida. Sin usted, Bobby no habla de mí, por supuesto, estaría ahora muerto de hambre y de frío.

—Pero yo solo no fui — se excusó Alain.

—Sí, porque usted, hasta ahora, ha sido el único que ha comprendido que es preciso agruparse y reunirse de nuevo, si se quiere sobrevivir. También el profesor y Dorothy le atacaron y usted, en lugar de obrar como lo hubieran hecho otros, les perdonó, lo mismo que a Benítez. Si usted hubiera actuado en sentido contrario, habría seguido otro camino, y anteayer no se hubiera encontrado aquí, en el borde del canal, para recogemos a Bobby y a mí. Vea, pues, como ha sido usted el que salvó la vida del niño cuyo padre usted mató. Para defenderse, no lo olvide, Alain.

El joven se conmovió.

—Es usted muy buena, Marta — murmuró con sinceridad.

—Soy realista. Estaba desesperada; ya no sabía qué hacer para comer. No por mí, sino porque comiendo yo, el niño tiene alimento, ¿me entiende? Busqué y hallé este bote. Puse en marcha el motor, pero por un motivo ignorado, falló. Cuando esto sucedió, yo ya estaba demasiado débil para intentar repararlo. Perdí el conocimiento y no lo recobré hasta que ustedes me hallaron. Es suficiente con eso, Alain. Olvide lo sucedido.

Hubo una larga pausa de silencio. Al cabo de un rato, Alain dijo:

—Gracias, Marta.

Ella sonrió.

— ¿Por qué no va junto a Dorothy? Le está esperando, Alain; es una chica muy bonita y...

En aquel momento llegó una voz.

— ¡El motor está arreglado!

Alain se levantó de un salto. Dio un par de pasos, pero se volvió, avergonzado, hacia Marta.

Ésta volvió a sonreír.

—Vaya, vaya usted, Alain.

El joven corrió hacia la orilla del canal. Dorothy estaba dentro del bote, contemplando el silencioso funcionamiento del motor, con una

especie de éxtasis, del cual participaban su padre y el propio Benítez.

— ¿Qué tenía este cacharro? —-preguntó.

Benítez levantó la cabeza.

—Si se lo digo se echará a reír, Alain.

— ¿Cómo?

—Un simple cortocircuito; ¿qué le parece? Una vergüenza para el fabricante. ¡Cómo me gustaría poderle escribir una carta y ponerle verde como hoja de perejil!

— ¿Quién le enseñó a usted a reparar esta clase de motores, Benítez?

El hombre soltó una corta carcajada.

—De joven... bueno, hace unos cuantos años nada más, yo era muy aficionado al motorismo náutico. Gané incluso un par de campeonatos, en la Tierra, por supuesto; y hubo una temporada en que llegué a sentir una verdadera obsesión por esta clase de cacharros. Después, conseguí el empleo en la «Mercury» y lo dejé.

Pero la experiencia conseguida entonces seis ha servido ahora de mucho.

—No lo sabe usted bien — dijo Alain.

Entonces el profesor preguntó:

— ¿Cuándo le parece que salgamos, Alain?

—Esperemos un par de días más a que Marta esté un poco más fuerte. Si el motor está en perfecto funcionamiento, convendría hacer las jornadas lo más largas que se pueda. Benítez, ¿qué velocidad cree que puede alcanzar este cacharro?

El hombre miró especulativamente el bote, que, en el fondo, no era de construcción deportiva, sino más bien para el cruce de los canales. Por lo tanto, carecía de las líneas hidrodinámicas que hubiera debido tener una embarcación de aquel tipo.

—Mire usted, Alain — contestó —; yo me atrevería a sacarle treinta nudos a la hora. Pero hemos de tener en cuenta que el fondo del bote es plano y una velocidad excesiva podría causarnos graves perjuicios. Dejémoslo en quince nudos, que procuraremos sostener, y en cuatro, cinco días como máximo, estaremos en Gorgonum.

El joven reflexionó unos instantes, hallando correctos los cálculos de Benítez. Doce horas diarias de marcha, daban unas ciento ochenta millas de recorrido, que reducidas a kilómetros suponían alrededor de trescientos cuarenta. Quedaban menos de mil trescientos kilómetros hasta Gorgonum, de modo que....

—Conforme; y si se tarda un día más, tampoco importa — replicó

—: ¿Está seguro de que el motor no fallará?

—Apuesto una pierna de canguro, Alain, a que esa no sucede.

— ¡Magnífico! — rio el joven—. Acepto la apuesta y, ya que vamos a esperar aún un par de días, vamos a ver si cazamos un par de esos animales que usted ha dicho.

Dorothy saltó a tierra. Alain alargó la mano para ayudarla.

— ¿Le importa que les acompañe? — preguntó.

—Por mi parte, encantado — asintió el joven.

Después, mientras Benítez y el profesor daban los últimos toques al motor, ella le miró a los ojos.

—Sí — asintió él, como respuesta a la muda pregunta que ella le formulaba—; hablé con Marta.

Ella le tomó las manos, impulsivamente.

— ¡Cuánto me alegro de que lo haya hecho así, Alain! Hágame caso; obre siempre con la verdad, rectamente, sin engaños ni subterfugios. No podría soportar a un hombre que mintiera…

— ¿Ha dicho — inquirió él —, soportar a un hombre? ¿Se trata de mí, acaso?

Ella enrojeció súbitamente. Alain la atrajo hacia sí, sin que la muchacha intentara resistirse.

— ¡Dotty! — murmuró, pero en aquel momento hubieron de separarse: el profesor y Benítez saltaban a tierra.

Cuarenta y ocho horas más tarde, sus reservas alimenticias se habían incrementado con la carne de dos canguros, que fue preparada convenientemente. Después, empezaron a alistarlo todo para la marcha.

Marta Ruyff fue acomodada en el mejor lugar del bote, preparándosele, incluso, una especie de parapeto con algunas de las ropas de que disponían aquellos náufragos, supervivientes de una catástrofe sin parangón posible desde el Diluvio Universal.

Cuando todo estuvo listo, Benítez, como más experto se encargó de patronear el bote. El motor empezó a funcionar silenciosamente y la embarcación se separó un centenar de metros de la orilla, con el fin de procurarla una más cómoda navegación.

La orilla del canal empezó a desfilar rápidamente ante los ojos de las cinco personas. Marta había mejorado considerablemente y su rostro había adquirido un espléndido aspecto. Alain se dio cuenta de que había sido una belleza en otro tiempo y que aún podría serlo, puesto que todavía era bastante joven. Los remordimientos por la muerte del piloto le asaltaban con alguna frecuencia, pero la conversación sostenida con la viuda le había aliviado notablemente.

Los días fueron pasando casi sin sentir. Todos los ocupantes del bote experimentaban una interna excitación que ninguno sabía explicarse. Pero en el fondo era un presentimiento subconsciente de que su situación estaba a punto de mejorar de un modo radical.

A mediodía del quinto día, Carrie alargó una mano.

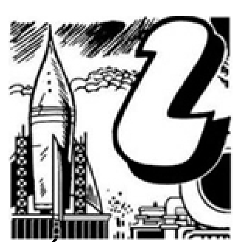
— ¿Qué es aquello que se ve en el horizonte?

Alain tomó los prismáticos. Escrutó el panorama unos instantes hasta que divisó el entramado de una alta torre metálica.

—Gorgonum — dijo lacónicamente.

Hubo un suspiro general de alegría.

CAPÍTULO VIII



UCÍA sol cuando desembarcaron en un pequeño muelle de lo que antaño fuera floreciente, a pesar de su pequeñez, ciudad de Gorgonum. Una vez en tierra firme, el pequeño grupo compuesto por tres hombres, dos mujeres y un niño, contemplaron el panorama de desolación que se extendía frente a ellos.

Por cualquier parte que se mirase había patentes señales de la

gran catástrofe. Muros arruinados, construcciones desmanteladas, vehículos derrumbados y volcados y, en medio de tanta devastación, los esqueletos ponían la macabra nota de sus huesos blanqueados al débil sol de Marte.

La torre que había visto Alain era la única construcción que parecía mantenerse en relativo buen estado de conservación, pese a que la herrumbre se había apoderado del entramado metálico en su casi totalidad. Había pertenecido a la emisora de radio local y en su remate se veían los espejos cóncavos de las antenas direccionales de largo alcance, que servían para las comunicaciones con la Tierra. Estos objetos eran los únicos que brillaban, tan pulidos como el día en que fueran construidos.

Un leve soplo de viento levantó un pequeño remolino de arena. El desierto había comenzado a invadir las ruinas de la ciudad.

— ¿Seguimos? —murmuró Alain en voz baja, como si no se atreviese a romper el augusto silencio que reinaba sobre aquel lugar.

Echaron a andar unánimemente, llevando encima todas sus pertenencias.

A medida que caminaban, iban contemplando nuevos aspectos del desastre. Las casas habían sido construidas con materiales fabricados en el mismo planeta y, aunque los muros, generalmente, se mantenían en pie, el rigor climático del planeta había, derrumbado la mayoría de los techos. Puertas y ventanas estaban abiertas por doquier, y en muchas de ellas las hojas y batientes, carcomidos por el orín sus herrajes, habían concluido por caer al suelo. La arena había penetrado hasta el interior de las casas, cubriendo en algunos casos totalmente su suelo hasta buena altura del mismo dejándolo inhabitable.

Evitaron pisar un esqueleto caído en mitad del camino, con las manos extendidas hacia el canal, en un fútil y eterno intento de llegar hasta el mismo. Otro se hallaba sentado ante el volante de un coche semioruga, cuyo motor, empotrado en el muro de un edificio, había abierto en éste un boquete más que regular. Por todas partes, en suma, se veían indicios del horrible final que habían tenido los moradores de la ciudad.

Continuando su camino, llegaron a lo que antaño había sido el centro de la ciudad: la Plaza del Sistema. El edificio del Consejo Municipal estaba en su centro, rodeado por otros de carácter oficial, los primeros construidos en Gorgonum con arreglo a un plan determinado y, por tanto, en mejores condiciones que el resto. También estaban allí las oficinas de comunicaciones, al pie de la alta torre de la emisora.

Alain se detuvo.

—Propongo que nos establezcamos aquí — dijo —. Conozco esto bastante bien y sé que lo que queda puede acomodamos de modo que apenas tengamos que padecer. Además, conviene que nos vayamos preparando para los dos o tres inviernos que aún hemos de permanecer aquí... si queremos volver a la Tierra, por supuesto. Hemos de buscamos una vivienda cómoda y abrigada, como primer objetivo.

«Después empezaremos a revisar detenidamente todo lo que hay aquí de algún valor y que pueda servirnos. Hay muchos vehículos; esto es indudable. Alguno, a pesar del tiempo transcurrido, estará en condiciones de marchar, sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de ellos usa combustible líquido, puesto que sus motores son idénticos al de la lancha. Poco o nada sabemos de mecánica, pero tenemos tiempo y los fracasos nos harán aprender.

—Es una buena idea, Alain — aprobó el profesor —. ¿Dónde piensa usted instalarnos?

—Creo que en mis antiguas oficinas. El edificio estaba sólidamente construido. Hace un año, los deterioros eran mínimos. Por todas partes tiene que haber muebles. Les llevaremos allí para utilizarlos. Además, escondí una pequeña reserva de comestibles, todos ellos, por supuesto, en conserva. Antes de la peste, Gorgonum tenía una población de más de quince mil almas. A la fuerza tiene que haber más comida por ahí. Lo que sucede es que yo no recorrí toda la ciudad, sino unos cuantos sitios, lo justo para mis necesidades.

—Y en todo este tiempo — exclamó Dorothy —, ¿no cree que habrá venido algún merodeador?

—También guardo armas. Las desenterraremos poniéndolas en estado de funcionamiento. No estaremos nunca solos; al menos, iremos por parejas. Debemos estar precavidos contra cualquier asaltante. Todo aquel que llegue en son de paz, será bien recibido, sobre todo si averiguamos la rectitud de sus intenciones. En caso contrario... Bien; decidiremos lo que hay que hacer entonces.

—De acuerdo — dijo Carrie —. Ahora bien, Alain, ¿le molestaría sacar alguna de sus conservas? Creo que nos convendría una pequeña variación en la comida. Corremos el riesgo de una avitaminosis total o parcial, y aunque hemos comido estos días verduras marcianas en estado silvestre, la alteración en el régimen alimenticio que hemos seguido hasta ahora se impone.

El joven sonrió.

—Está bien; síganme, por favor.

Reanudaron la marcha en dirección al edificio del Consejo

Municipal. Subieron unos escalones casi cegados por la arena y pasaron al vestíbulo interior. A la derecha podía verse un rótulo que decía: «Ciudad de Gorgonum. Jefatura de Policía.»

—Aquí trabajaba yo — dijo el joven, no sin cierta amargura.

No se encaminó hacia su antiguo despacho, sino en dirección a una escalera que daba acceso a los pisos superiores, bajo la cual se veía una pequeña puertecita.

Alain tanteó la manija de la misma.

—Menos mal — suspiró—. Por un momento temí que alguien la hubiera fracturado — y hurgó en los bolsillos de su traje, hasta encontrar una llavecita.

Una escalera de peldaños descendentes apareció ante sus ojos. Carentes de luz eléctricas, Alain prendió fuego a un fósforo.

—Vengan conmigo.

Bajaron con precaución. Alain mantenía el brazo en alto para que la luz del fósforo se extendiese lo más posible, Renovó la cerilla y un momento más tarde se hallaban en un sótano, de dimensiones imprecisas a causa de la poca luz que daba aquella pequeña llama.

El tercer fósforo sirvió al joven para encender una antorcha que había sobre una estantería.

—La fabriqué hace tiempo, cuando empecé a acumular víveres aquí — dijo a guisa de explicación.

Las tinieblas huyeron. Se .pudieron escuchar varias exclamaciones de asombro al ver el inestimable tesoro que eran las hileras de latas de conservas que el joven había ido acumulando allí, años atrás, y en las cuales se leían rótulos que indicaban toda clase de comestibles.

—Se me está haciendo la boca agua — dijo el profesor.

Alain se echó a reír.

—Puede coger la lata que más le acomode. ¡Ah!, — exclamó, echando mano a un par de ellas, que entregó a Marta —. Seguro que el niño nos lo agradecerá. Es leche.

La mujer le miró, sonriendo.

—Luego buscaremos un lugar donde encender fuego — dijo Alain, desviando la vista —. Pero alguno de los víveres pueden consumirse sólo con abrir la lata.

— ¡Cerveza! ¡Hay hasta cerveza! — exclamó Benítez, maravillado. Luego miró al joven -—: ¿Puedo beberme una lata?

—Y dos si quiere, amigo — rio el joven, íntimamente satisfecho. Tomó otra lata y se la entregó a la muchacha —: Dotty, se necesita haber llegado a una situación como la nuestra para comprender los

despilfarros que se cometían anteriormente. Esto es piña americana, ¿qué le parece?

—Si fuera yo un judío caminando por el desierto en busca de la Tierra de Promisión, no creo que acogiera el maná con tanto júbilo como esto.

De repente, la muchacha, sin poderse contener, húmedas las pupilas, se puso de puntillas y besó a Alain en una mejilla.

El joven se llevó la mano al lugar afectado. Carraspeó para disimular su turbación y se quedó un momento quieto, sin saber qué hacer, pero mirando a la muchacha.

El hechizo de aquel instante fue roto bruscamente por una jubilosa exclamación.

— ¡Tabaco! ¡Cigarrillos!—gritaba Benítez, en el colmo de la alegría.

— ¿Eh? —se extrañó Alain.

Benítez se volvió hacia él, enseñando un par de paquetes de cigarrillos.

—Mire. Tome, fue uno. O dos, los que quiera. Aquí hay más, a cientos, a millares.

Pero Alain no se movió de su sitio. Por el contrario, su rostro estaba muy pálido y respiraba aceleradamente.

— ¿Qué le ocurre? — inquirió la muchacha. Marta le miraba alarmada.

El profesor, que ya había encendido un cigarrillo, la sacudió por un hombro.

— ¡Alain, amigo, despierte! ¿Es que ya no le gusta el tabaco?

El joven alargó la mano y cogió el cigarrillo que se le ofrecía.

—No — dijo, expulsando lentamente el humo —, no es eso.

— ¿Entonces...?

—Se trata, simplemente, de que cuando yo acumulé víveres en este sótano, no traje un solo cigarrillo.

Después de la sensacional declaración de Alain, un pesado silencio se expandió sobre el lugar.

Dorothy le cogió fuertemente por un brazo.

— ¿Eso que usted dice... es cierto?

Alain apretó los labios. Sin contestar, tomó la antorcha y recorrió el sótano, contemplado por los demás, escrutando cuidadosamente las estanterías.

Su examen fue rápido, pero ajustado.

—Además de los cigarrillos, hay otras cosas que yo no traje. No por la clase, sino por la cantidad, me refiero. Hay, por lo menos, el doble de lo que yo había transportado hasta aquí.

»¿Cuando Benítez dijo que había cerveza la cosa me sorprendió. No quise decir nada, por si se trataba de un error de apreciación por mi parte. Al acumular víveres, no me fijé mucho en su clase, desde luego. Pero de lo que sí estoy, total y absolutamente seguro, es que no había un solo cigarrillo en todos los bultos que yo transporté hasta este sótano.

La firmeza de las declaraciones de Alain impresionó notablemente a su reducido auditorio.

—Eso sólo tiene una explicación — declaró Benítez.

—Todos estamos pensando en lo mismo — dijo reflexivamente el profesor —. Alguien, con posterioridad a Alain, ha estado aquí. Descubriría el depósito de víveres, y no sólo no lo saqueó sino que, por el contrario, aumentó las reservas.

—Lo cual — terció la muchacha —, quiere decir que es una buena persona, porque de lo contrario no habría actuado en la forma tan ordenada que todos podemos apreciar.

—Tendríamos que hallar a esa persona. Incluso— añadió Alain —, cerró con llave la puerta —. En la forma que ha actuado, se ve que obró con rectitud. Un hombre así; cualquiera que fuese su profesión anterior, no puede ser por menos de gran utilidad a nuestro grupo.

—Ya lo encontraremos. Un día u otro — dijo el profesor—, ha de venir por aquí. Acaso sean más de uno y esto también nos sería beneficioso.

Alain asintió. Rehecho de la sorpresa, estaba saboreando con placer el cigarrillo.

— ¿Qué les parece si nos diéramos el gran banquete? ¿No creen que ya es hora de darles un poco de gusto a los estómagos?

La proposición fue aceptada por unanimidad.

* * *

Alain, Dorothy y Benítez contemplaban el caído cuerpo del gran cohete de enlace, derrumbado sobre la pista del aeródromo de Gorgonum.

Las patas del tren de aterrizaje aparecían rotas bajo la panza del enorme aparato, pero el resto no parecía haber sufrido gran cosa, a excepción de algunas abolladuras y arañazos, inevitables en un accidente de aquella índole. El suelo de la pista estaba también en buenas condiciones y lo único deteriorado eran los últimos metros,

precisamente en el punto donde habían fallado las ruedas del cohete.

—La empresa va a ser difícil — dijo Alain —, pero no imposible. Creo que, uniendo nuestros esfuerzos y, sobre todo, si no nos dejamos invadir por el desaliento, podremos poner en funcionamiento de nuevo el aparato. Piensen que allá arriba hay una astronave que no ha sufrido el menor daño y que puede llevamos en el viaje de vuelta a 1a Tierra.

— ¿Y quién manejará la astronave? —preguntó la muchacha.

—Recuerde usted el sacrificio de Abraham, Dotty. Cuando el Señor le ordenó sacrificar a su hijo, éste, ignorante, le preguntaba quién iba a ser la víctima propiciatoria. Entonces Abraham le contestó: «Dios proveerá.»

—Que Él le oiga — murmuró ella, fervorosamente —, y nos envíe un piloto de astronave.

—No se crían éstos como las patatas — sonrió Alain—, pero, vamos, ¿quién sabe si un día...? Por lo menos, ya tenemos aquí a alguien que sabe algo de motores.

—Si se refiere a mí — dijo Benítez, interviniendo en el diálogo —, mis conocimientos sobre mecánica se reducen a los de un aficionado a las lanchas a motor.

—Sabe más que yo — dijo Alain—, Por lo tanto, queda nombrado jefe de la sección de reparaciones, en tanto no aparezca alguien con más experiencia que usted.

Benítez levantó la mano derecha.

—Acepto el nombramiento — dijo muy serio — y prometo solemnemente hacer todo lo que pueda — después de una breve pausa continuó —: He visto por ahí una grúa dotada de orugas. Lo primero que haremos será repararla y luego traerla aquí. No podemos hacer nada en el cohete si antes no lo levantamos del suelo lo suficiente para poder trabajar con comodidad.

—La propuesta queda aceptada también. Iremos en busca de esa grúa y la pondremos en estado de funcionamiento cuanto antes.

Después de una breve discusión sobre los medios necesarios para poner en práctica el plan propuesto, Alain dijo:

—Dotty, he visto a su padre estudiando un libro. Se refería a transmisiones radiales.

—Ah, sí — contestó la muchacha —. Papá dice que va aprender todo lo necesario para poner en funcionamiento la emisora de radio.

—No estaría mal que lo consiguiese. Quizá — añadió soñador el joven —, hay en otras regiones del planeta algún grupo que trata de organizarse. Sería muy interesante entrar en contacto con sus

componentes.

Emprendieron el regreso a la ciudad. El aeródromo estaba situado en las afueras de ésta, a unos dos kilómetros de distancia. Hacía un sol espléndido y la temperatura rozaba los seis grados sobre cero. El clima era bastante aceptable.

La tranquilidad se había apoderado de sus espíritus. Se encontraban bien, tenían muchas cosas de que antes carecían y no les faltaba un techo bajo el que cobijarse. Pero, sobre todo, era el hecho de que ahora tenían un objetivo que alcanzar, un fin que cumplir en su vida, el que les había infundido aquel ánimo y aquella resolución de que hasta entonces habían carecido, apartándoles del pesimismo y la desesperación.

Llegaron a la ciudad. Atravesaron las muertas calles, sumidas en un silencio abrumador, pero que ya no les afectaba y, de un modo inconsciente, Dorothy se adelantó hacia su actual residencia. Estaban muy cerca ya de la estación de radio.

Alain aprovechó la ocasión para preguntar a Benítez algo que le mordía la lengua desde hacía bastantes días. Benítez no tuvo dificultad alguna en aclarárselo.

—Ruyff y yo nos unimos para así tener más posibilidades de sobrevivir. Pero él no me dijo nunca que tenía una mujer e hijo. Era muy callado y permanecía casi siempre concentrado en sí mismo. No lo supe hasta que... bueno, hasta que recogimos a Marta.

Alain asintió. Le dolía el corazón, pero ya no podía hacer nada por el infortunado piloto. Se imaginó a éste pensando en su mujer y en su hijo, frenético, desesperado, tratando de hallar alimentos para ellos a todo trance, sin importarle el modo con que...

Sus pensamientos fueron repentinamente interrumpidos por un brusco codazo de Benítez.

— ¿Qué...? —empezó a decir, pero se calló al instante.

Frente a ellos, junto a la puerta de la emisora, pero pegada a la pared, de modo que no pudiera ser vista desde el interior, se hallaba la muchacha. Dorothy mantenía el dedo sobre los labios, recomendando silencio.

Luego, con el pulgar, señaló hacia adentro.

El gesto era inconfundible. Había gente dentro del edificio.

Alain y Benítez desenfundaron sus armas con gesto unánime. Corrieron hasta pegarse a la pared y luego se deslizaron a lo largo de ella sigilosamente.

Quedaron separados de Dorothy por la distancia de la abertura de la puerta. Los ojos de la muchacha brillaban excitadamente.

Alain asintió. Luego, guardando las debidas precauciones y seguido por Benítez, se adentró en el edificio.

Recorrieron las salas una por una, en absoluto silencio. Pero, de pronto, oyeron una voz.

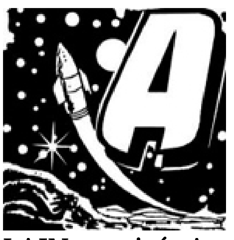
Alain supo al momento que no se trataba del profesor, como había creído en un principio. Era demasiado pronto todavía para que el profesor realizara una intentona de tal naturaleza. Alain pensó inmediatamente en su acrecida reserva de víveres.

Avanzó hacia la puerta de la estancia por la cual salía la voz. Asomó la cabeza.

Frente a una mesa llena de instrumentos, un hombre, de espaldas a ellos, hablaba a través de un micrófono. No decía más que unas pocas frases, pero las repetía continuamente, con tesón, sin desmayar, una y otra vez.

— ¡Tierra, Tierra! ¡Escuche, habla Marte! ¡Marte al habla, Tierra! ¡Conteste, por favor!

CAPÍTULO IX


LAIN suspiró. Aquel hombre no era un malhechor.

No podía serlo, por cuanto intentaba entablar, contacto con los supervivientes de la Tierra. En caso contrario, se le hubiera visto merodeando o bien tratando de asaltar a Alain y sus compañeros para robarles los víveres.

Pero en lugar de silo y a juzgar por lo que se veía, el hombre había estado reparando los transmisores y ahora buscaba el modo de emitir y recibir un mensaje desde la Tierra.

Alain avanzó hacia él y le puso la mano sobre el hombro.

— ¡Hola, amigo! — dijo.

El otro se volvió, terriblemente sobresaltado. Tenía una pistola sobre la mesa y la cogió de inmediata.

La mano de Alain fue más rápida.

—Déjela — dijo, sujetándole la muñeca —-; nadie pretende hacerle el menor daño. ¿Cree que si hubieran sido esas nuestras intenciones no estaría usted ya muerto?

El hombre asintió. Era joven, unos treinta y cinco años, y aparecía sucio y desastrado.

—Mi nombre es Alain LaSira — dijo éste, presentando acto seguido a Dorothy y a Benítez.

—Yo me llamo Spencer Cortland — contestó el hombre.

—Técnico en radio, ¿no?

—Jefe de la estación de Schiaparelli City.

Alain asintió.

—Seguro que fue usted el que acumuló los víveres en el sótano, ¿no es eso, Cortland?

—Sí, pero apenas les vi llegar, me escondí. Usted ya sabe lo que ocurre en estos casos, señor LaSira...

—Llámeme Alain, a secas.

—Muy bien, Alain, pues. Naturalmente, tenía miedo y he estado casi una semana sin salir de mi escondite. No pude resistir más, no por hambre, sino porque cuando les vi llegar ya tenía el transmisor casi reparado. Creí que se habrían ido y...

—Está bien, Cortland. Oímos que estaba llamando a la Tierra.

¿Ha obtenido alguna respuesta?

Cortland sacudió la cabeza.

—No. Todavía es prematuro para ello, Alain. Pero no desespero de conseguirlo un día u otro.

Alain se acarició la mandíbula. Luego miró a Dorothy y a Benítez.

—Las últimas informaciones señalaban, antes de quedar totalmente interrumpidas las comunicaciones con la Tierra, unos cinco mil supervivientes en ésta. Hemos de suponer, forzosamente, que una parte al menos de ellos se han organizado, por lo cual no es difícil pensar que también dispongan de emisoras de radio. Algún día captarán nuestros mensajes y entonces veremos lo que se hace. Cortland, ¿está seguro de que funciona esta emisora?

El radiotelegrafista asintió.

—Completamente, señor.

— ¿Cómo lo ha comprobado?

—Recibí un mensaje de otro grupo superviviente en el planeta. Siete personas. El que hablaba dijo llamarse Schieffelin y hallarse en Port Boulton. Pero después de hablar con él, ya no pude conseguir una segunda comunicación.

—Port Boulton está casi en nuestras antípodas, a más de nueve mil kilómetros de distancia — murmuró el joven.

Cortland asintió.

—Así es, Alain.

Hubo una corta pausa. Después, el joven, mirando a su nuevo, compañero, dijo:

—Cortland, usted es una inestimable adquisición para nuestro grupo. Somos cinco personas, tres hombres y dos mujeres, con un niño. Hemos, de momento, redactado un pequeño código de conducta, al cual todos nos sometemos sin discusión. De momento, yo he sido elegido el jefe de este pequeño grupo, lo cual no quiere decir que si un día aumentamos y no se considera necesario mantenerme en la jefatura, piense en resistirme.

«Naturalmente, lo hacemos para sobrevivir mejor, Cortland. Las disposiciones generales para nuestra vida en común las tomo yo; pero si se necesita adoptar una resolución de importancia, es obvio decirle que la someteremos a discusión primero y a votación después, antes de llevarla a la práctica. Bajo estas condiciones, ¿le conviene unirse a nosotros? ¿Con toda lealtad?

Los ojos de Cortland brillaban. Asintió gravemente.

—Cuente conmigo, Alain, y sepa que, desde el primer momento, le acepto también como jefe.

El joven alargó su mano impulsivamente, estrechando con fuerza la que Cortland le tendía.

Dorothy y Benítez imitaron a Alain y el segundo, haciendo una mueca, dijo:

—Así que era usted el que puso la cerveza y los cigarrillos en el sótano, ¿eh?

Cortland se echó a reír.

—Así es, amigo. Y no sólo eso, sino que, además, sé dónde hay más víveres. En la Calle Diecisiete existe un depósito enorme, del cual yo saqué unos pocos, los que vieron en el sótano, con el fin de dividir los «stocks», para un posible caso de saqueo.

—No habrá más saqueos — dijo Alain con firmeza. Luego añadió —: Está bien, Cortland; véngase con nosotros. Aparte de que necesita cambiarse de ropa, cosa que le facilitaremos, hemos de celebrar la adquisición de un nuevo e importante miembro para nuestra comunidad. Deje su emisora; ya volverá otro rato.

El profesor y Marta se alegraron enormemente de ver a Cortland.

Habían acomodado ya algunas habitaciones del edificio del Consejo Comunal, las cuales tenían ya buen número de comodidades, con excepción, todavía, del agua corriente y la luz eléctrica. Pero éstos eran detalles que se irían subsanando en lo sucesivo.

Después de comer elaboraron un plan para la emisión de mensajes. Alain juzgó que, si bien era oportuno entablar contacto con la Tierra y hasta con otros grupos de los que sobrevivieran en Marte, no podían permitirse el lujo de destinar a uno de ellas a pasarse el día entero en la emisora.

—Mi opinión es que Cortland debe transmitir dos veces al día, en horas determinadas. Esto, de por sí, es ya una incomodidad, puesto que uno de nosotros habrá de estar en la puerta del edificio, vigilando de continuo, lo cual resta dos hombres a la tarea común.

—Pero no nos queda otro remedio que intentarlo— exclamó Carrie —. Tener una emisora de radio que funciona y no usarla es una incongruencia.

—Estoy de acuerdo en ello, profesor. Y los demás, supongo que también. Pero mi opinión es que debemos reparar el cohete cuanto antes y a esto deben ir encaminados todos nuestros esfuerzos, ¿no creen?

Hubo un movimiento de unánime asenso. Sin embargo, Cortland tenía que presentar una enmienda al plan.

—Si se me permite, diré que me debieran dejar unos días libres. Hay por este edificio unos cuantos transmisores individuales que

debiera poner en funcionamiento. Ustedes ya conocen el tipo; son de los que se llevan colgados del cuello para mayor comodidad. Es necesario que, aunque estemos divididos en varios grupos que trabajen por separado, tengamos un enlace permanente para evitar posibles inconvenientes.

—Una excelente proposición — aprobó el joven —. ¿Qué dicen los demás? —añadió, arrojando una mirada en tomo suyo.

—Que se aprueba por unanimidad — exclamó el profesor.

Después se brindó con cerveza por el feliz hallazgo de Cortland, cuyo valor técnico, en aquellos momentos, era inestimable. Y a continuación, se disolvió la reducida asamblea, pues no podían perder mucho tiempo en charlas inútiles. El trabajo les esperaba y no fácil ciertamente.

Lo primero que hicieron fue ocuparse de la grúa oruga.

La herramienta era norme, capaz de levantar tremendos pesos, sustentada por dos enormes cadenas que la daban facilidad de autotransporte a cualquier sitio. Ninguno de los que allí estaban había manejado en su vida un artefacto de aquellos, pero ingenio no les faltaba y, además la necesidad les espoleaba.

Por otra parte, dada la escasez, mejor dicho, la ausencia de combustible líquido en Marte, todos los motores que allí habían funcionado antaño, habían sido eléctricos. Para reparar el de la grúa, la ayuda de Cortland fue inestimable y, unas semanas más tarde, el enorme artefacto estaba en condiciones de rodar.

Cuando los motores de la grúa estuvieron listos, Alain y Benítez se entrenaron en su manejo durante otra semana, cuando menos. Tenían que hacer las cosas bien antes de efectuar el menor intento con el cohete.

Sus primeras pruebas resultaron otros tantos fracasos. Alain pisó demasiado fuerte el acelerador y las enormes cadenas del artefacto hundieron una casa antes que el joven pudiera detenerlo. Por su parte, Benítez dejó caer el gancho con demasiada fuerza y estuvo a punto de causar un desastre, cogiendo casi debajo al profesor, que contemplaba los ensayos.

Pero con buena disposición de ánimo y poco a poco, todo se fue soslayando.

Cortland transmitía a las horas convenidas, sin que hasta el momento hubiera recibido la menor respuesta de nadie, y luego se dedicaba ahincadamente a la reparación de la parte eléctrica de los motores de algunos vehículos que estimaban precisos para sus trabajos. Buscaron los coches de mejor aspecto, colocándoles piezas de otros averiados e incluso consiguieron disponer de un gato eléctrico,

artefacto de inestimable valor para la obra de levantar el cuerpo del cohete.

Pasó medio año con gran rapidez, sin que ninguno de ellos se diera casi cuenta del transcurso del tiempo. Todo listo ya, se decidió un día intentar la magna obra de levantar del suelo el cohete.

Para ello reunieron los esfuerzos de todos, sin excepción. Situaron la grúa ante el morro del cohete y, al lado de la grúa, el gato. Alain manejaba aquélla y Benítez el gato. Provistos cada uno de su transmisor individual, hábilmente reparados por Cortland, no era necesario hablarse a gritos mientras se realizaba la operación.

Los cables que rodeaban el morro del cohete empezaron a tensarse. El motor del cabrestante de la grúa rechinó al exigírsele un esfuerzo superior para el cual estaba calculado, ya que el colosal cohete pesaba un centenar largo de toneladas.

Poco a poco, los cables sustentadores fueron enrollándose en el tambor del cabrestante. El cuerpo del cohete se separó unos pocos centímetros del suelo y entonces Benítez avanzó hacia él con el gato.

— ¡Un poco más, Alain! —pidió Benítez.

El joven avanzó lentamente la palanca. Sentíase vibrar la grúa de arriba abajo, mientras sus cables soportaban la brutal tensión a que estaban sometidos.

El suelo se separó unos centímetros más. Benítez avanzó más con el gato.

De pronto, Cortland lanzó un grito.

— ¡Afloje, afloje!

Alain obedeció instantáneamente, al mismo tiempo que Benítez se retiraba hacia atrás con rapidez. El cuerpo del cohete volvió a quedar descansando de nuevo sobre el encementado pavimento.

Alain asomó la cabeza por la ventanilla de la casilla de manejo.

— ¿Qué ocurre? —inquirió.

Cortland estaba trepando ya por las estructuras de la grúa. Pasó al fuselaje del cohete y examinó atentamente los cables. Luego meneó la cabeza.

—Hemos de reforzarlos — dijo, mirando al joven —. En éste — y señaló uno de ellos con la mano —, han cedido un par de alambres de los que lo componen.

Alain asintió.

—Muy bien — dijo, y paró el motor de la grúa —. Más vale que nos hayamos dado cuenta a tiempo — luego miró al cielo y dijo —. Ya no podremos hacer hoy otra cosa que buscar cables nuevos. Benítez y yo nos encargaremos de ello.

—Y yo — dijo Cortland —, si le parece, me iré un rato a la emisora, a ver qué es lo que puedo conseguir.

Puesto que allí ya no tenían nada que hacer, el grupo entero, en un «jeep» eléctrico reconstruido, volvió a la ciudad. Comieron y después, Alain y Benítez, tal como habían convenido, se dedicaron a la búsqueda de nuevos cables.

Cinco días más tarde, realizaron una segunda intentona. Ésta resultó fallida, pues el motor del cabrestante se averió. Repentinamente, empezaron a salir chispas de su interior, así como un espeso humo, y Alain, ante el peligro de un posible incendio, cortó el contacto.

El diagnóstico de Cortland no podía ser más pesimista.

—Se han quemado las escobillas.

— ¿Es grave?

—Mucho, porque no las tenemos de este tamaño y habremos de construirlas nosotros mismos.

Alain hizo una mueca.

—Lástima — comentó, pero sin desanimarse —. Ahora que ya lo teníamos todo casi listo... En fin, Cortland; daremos prioridad a la construcción de esas escobillas y usted dirigirá los trabajos.

—Sí. Es necesario construirlas bien, porque esta grúa no está calculada para un peso tan enorme como el del cohete y... ¡Oigan! — exclamó de pronto el radiotelegrafista -—. Estamos tratando de reparar el artefacto. Y lo conseguiremos; de ello no hay duda alguna. Pero... ¿ya se sabe quién lo va a pilotar... y quién va a manejar la astronave que hay allá arriba?

Alain miró a Dorothy, completamente desconcertado. Ella le devolvió la mirada.

El joven se rascó la nuca.

—Pues... supongo que...

—Yo manejaré el cohete — dijo en aquel momento una voz detrás de ellos.

Todos se volvieron con gesto unánime de sorpresa.

Marta Ruyff tenía el niño en brazos y sonreía.

— ¿Qué—dijo—, no me creen ustedes capaces de hacer lo que dijo?

La sorpresa recibida era tan grande que nadie tuvo fuerzas para hablar.

—Pero... pero...—balbuceó Alain.

—También tengo licencia oficial de piloto de astronave.

— ¡Esto es fantástico! — exclamó asombrado profesor.

Benítez y Cortland tuvieron necesidad de buscarse un apoyo, porque se sentían sin fuerzas para tenerse en pie.

—Chester y yo — aclaró Marta —, hicimos los estudios juntos. El nuestro fue el primer curso en que se admitieron mujeres. Nos graduamos a la vez, pero luego, ya ven, nos enamoramos y...

— ¿Por qué no lo dijo antes? —preguntó Dorothy a Marta.

—No se me ocurrió. Tampoco nadie habló de esta cuestión delante de mí ni yo a decir verdad, me preocupó mucho de ello. Pero estoy segura, aunque carezco de la práctica necesaria, que podría llevarles a todos a la Tierra. Lo malo es — añadió pensativamente —, que acaso en las bases orbitales que hay allí, no habrá cohetes de enlace y con la astronave es inútil soñar siquiera en aterrizar.

Alain chasqueó los dedos.

— ¡Se me ocurre una idea!

Todos le miraron ansiosamente.

—Expóngala, por favor — le urgió Dorothy.

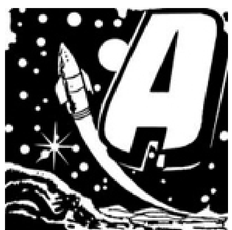
—Marta dice que nos llevará a la Tierra. Conformes. Pero si conseguimos llegar a la nave que hay ahí arriba, ¿para qué abandonar el cohete lanzadera? Nos lo llevamos remolcado y él nos servirá para aterrizar, ¿no les parece?

—Es una idea magnífica, desde luego — aprobó Marta —. A mí no se me habría ocurrido y...

En aquel momento, Benítez lanzó un aullido. Giró sobre sí mismo, llevándose una mano al pecho y luego se desplomó lentamente al suelo.

El sonido de la detonación del disparo que había derribado a Benítez les llegó casi de inmediato, pero el hecho de que estaban siendo atacados tardó aún unos segundos en penetrar en sus sorprendidos cerebros.

CAPÍTULO X


UNQUE siempre habían temido algún ataque, en los últimos tiempos, ya que no un relajamiento de la vigilancia, sí había habido un cierto exceso de confianza en que nada podría sucederles, por lo cual, el asalto de que eran objetos les llenó de consternación.

Sin embargo, una de las cosas en que más había insistido Alain, aparte de no circular nunca por Gorgonum de forma aislada, era la de llevar siempre un arma encima, por pequeña que fuera. Y todos, incluso Marta, eran portadores, en aquellos instantes, de una pistola cuando menos.

Alain saltó hacia adelante, cubriendo con su cuerpo el de Marta, la cual estrechaba fuertemente entre sus brazos al niño. Tiró de ella y la situó detrás de la relativa seguridad de la enorme estructura de la grúa.

El resto, Carrie, su hija y Cortland se habían dispersado, huyendo así de los siguientes disparos que se les estaban haciendo. El fuego de los atacantes era nutrido, pero impreciso. Nubecillas de polvo y chirriantes gemidos de las balas al rebotar contra el cemento o los metales de los artefactos eran el resultado de aquellos disparos, en una forma casi continua.

Alain se asomó por detrás de una de las grandes cadenas de la grúa, con un corto rifle entre las manos. Una bala chasqueó muy cerca de él, alejándose velocísimamente con estremecedor aullido.

Miró hacia Benítez. El hombre estaba caído de bruces en el suelo, inmóvil, en tanto que en su espalda se veía un roja mancha de sangre, que se iba extendiendo lentamente.

El corazón le hirvió de cólera al joven. Ceñudo, escrutó el horizonte.

El ataque venía de la parte del canal, cuyo trazado era paralelo al de la pista de aterrizaje. Había entre uno y otro un par de edificaciones, que antaño sirvieran para los controles de aeródromo, muy arruinados, y, al parecer, los atacantes estaban parapetados tras sus muros.

El resto de sus compañeros estaba bien, según pudo comprobar Alain de un rápido vistazo. El profesor, Dorothy y Cortland habían buscado seguros refugios y empuñaban con decisión las armas.

Alain las hizo gesto de que no las utilizasen. Solamente tenían pistolas, en tanto que él disponía de un rifle.

Lo tendió horizontalmente y buscó un blanco.

Lo halló casi al momento. A ciento cincuenta metros de distancia, un individuo avanzaba, en busca, de una nueva posición de tiro, consistente en una inutilizada baliza de aterrizaje, tras la cual podía parapetarse para continuar disparando.

El asaltante corría dando grandes saltos, aprovechando toda la potencia de sus piernas. Pero como sus músculos estaban hechos para soportar un peso de unos setenta y cinco kilos y en Marte pesaba un tercio, el resultado era que cada salto tenía un alcance triple que el que hubiera tenido de hallarse en la Tierra.

La cosa, en lugar de estorbar, facilitaba las intenciones de Alain. Éste tomó puntería cuidadosamente.

Su bala alcanzó al individuo en la cúspide de uno de sus saltos, a cinco o seis metros de altura sobre el suelo.

De momento no se vio nada; incluso pudo creerse que el tiro había fallado. Pero al caer al suelo, el hombre rodó varias veces sobre sí mismo y luego quedó inmóvil.

De uno de los edificios próximos salieron una serie de disparos que obligaron al joven a resguardarse para evitar ser acribillado.

Bruscamente, el joven oyó muy cerca de sí el ladrido de un par de pistolas que disparaban aceleradamente.

Se volvió. Eran Carrie y Cortland que gatillaban a toda velocidad.

Un hombre había salido de las casillas y, protegido por el fuego de sus compañeros, avanzaba hacia la pista, zigzagueando velocísimamente.

La réplica de sus dos compañeros alcanzó al asaltante de lleno. Éste se estremeció, tambaleándose. Permaneció unos momentos quieto, luchando contra, la invencible debilidad que se apoderaba de su cuerpo y luego se derrumbó lentamente al suelo.

Las dos bajas sufridas por el bando asaltante parecieron enfriar no poco los ánimos de sus componentes. Cesó el fuego por unos segundos, reanudándose después, en forma esporádica, con grandes intermitencias.

Alain pensó que era ya hora de preocuparse de Benítez. Sin vacilar, gritó:

— ¡Cúbranme con su fuego!

Tres pistolas comenzaron a detonar de inmediato. Aprovechándose de tal coyuntura; Alain, con el rifle colgando del cuello, corrió hacia el caído.

Tres o cuatro proyectiles silbaron peligrosamente cerca de él, levantando grandes lascas de cemento. Pero el joven no se preocupó por los disparos enemigos y, tirando de Benítez, lo arrastró rápidamente a lugar seguro.

—Profesor, vea usted qué es lo que tiene Benítez. Dotty, Cortland, no hagan fuego hasta que yo se lo indique.

— ¡Cuidado! — chilló en aquel momento Marta, desde su puesto situado tras la grúa.

La mirada de Alain voló hacia donde se hallaba la joven viuda. La vio, pistola en mano, con el niño apretado contra su pecho, sostenido en el otro brazo. Un instante después, Marta salía despedida y caía de espaldas, lanzando un agudo grito.

Un velo rojo cubrió al instante las pupilas del joven. Sus dientes se cerraron con fuerza y sus manos se crisparon sobre la culata del arma.

La boca del rifle se incendió al disparar estruendosamente.

Aprovechando aquel momento propicio, un par de hombres habían salido de sus parapetos y corrían hacia ellos, disparando frenéticamente sus armas. Alain los vio muy cerca ya de él y sintió en su mejilla el cálido soplo de las balas.

Pero no se movió del sitio en que estaba. Plantado sólidamente los pies en el suelo, apuntó y disparó rapidísimamente.

Los dos individuos se derrumbaron como trágicos peleles, fulminados por las balas salidas del rifle del joven.

Uno de ellos se arrodilló, trató de alcanzar el arma que se le había desprendido de las manos, pero las fuerzas le fallaron súbitamente. Hundió su rostro en la arena, sus manos se engaritaron un instante y luego su cuerpo quedó lacio, yerto.

Alain saltó hacia Marta, saludado por un par de disparos que, afortunadamente, no le alcanzaron. Se sorprendió enormemente al ver a la mujer sentada en el suelo, tratando de calmar el desesperado

llanto del niño. Pero la mano derecha le pendía inerte junto al costado.

Marta sonrió, en tanto que Alain exhalaba un gran suspiro de alivio.

—Una de las balas — se explicó ella -—, me alcanzó en la pistola. Fue más el susto que el propio golpe, pero no pude evitar caerme de espaldas.

Tranquilo a este respecto, Alain volvió a asomarse para seguir la defensa.

De momento, los asaltantes parecían haber callado.

Pero el joven suponía que debía de haber más. Frente a ellos, cuatro cuerpos tendidos en el suelo pregonaban la efectividad de su defensa, una vez pasados los primeros momentos de sorpresa. Y sus suposiciones resultaron ser ciertas.

Sonaron dos o tres disparos más en forma aislada, pero pasando altas las balas. Luego, un par de hombres fueron vistos corriendo desesperadamente del más alejado de los edificios al más próximo.

Su gesto, fue tan rápido, que Alain no tuvo tiempo de dispararles. Los dos hombres consiguieron alcanzar su objetivo.

Las casillas distaban de él unos ciento cincuenta metros. Por ahora, la situación parecía haberse estabilizado, ya que los asaltantes no parecían dar muestras de reanudar su ataque. Grandes o pequeños sus efectivos, el hecho de que en pocos minutos hubieran sufrido cuatro bajas por uno de la defensa, demostraba que debían meditarlo mucho antes de iniciar un segundo asalto.

Alain miró hacia donde estaban sus otros tres compañeros, agazapados bajo la inmensa mole del cohete, a unos veinte metros de distancia. Cortland vigilaba atentamente, mientras que Carrie y su hija atendían al herido.

El profesor levantó de repente su cabeza y sus ojos chocaron con los del joven.

—Está grave, pero se salvará — dijo, refiriéndose al herido.

Alain sonrió, satisfecho. La noticia no podía ser mejor, ya que, no habiendo podido examinar a Benítez, temía que éste hubiese muerto.

De pronto, Marta, que había vuelto a ponerse nuevamente en pie, lanzó un grito.

— ¡Mire, Alain!

El joven obedeció. Por las ventanas de una de las casillas se veía ondear una cosa blanca.

— ¿Querrán entregarse?

Alain frunció el entrecejo.

—Por si acaso, mejor será no confiarnos. ¿Tiene usted allí, a mano, cualquier trapo blanco?

Marta asintió y unos segundos más tarde le entregaba uno de los pañales del niño. Alain lo agitó, cuidando de no asomar más que el brazo, lógicamente prevenido, y luego esperó.

No tardó mucho en llegar la respuesta. Dos hombres, con las manos en alto, salieron de la casilla y echaron a andar lentamente hacia la pista de aterrizaje.

Cortland se puso en pie, con la intención evidente de salir a recibirlos, pero Alain lo detuvo en seco.

— ¡Usted no! — gritó —. Su vida es demasiado preciosa para arriesgarla, caso de que estos individuos nos hayan tendido una emboscada. Cúbrame con su pistola y déjeme actuar a mí.

Estaban en unas circunstancias fuera de lo común y, además, habían sido los atacados, de modo que el joven no quiso desprenderse de su rifle.

Salió fuera de su resguardo y quedo a un par de metros de la grúa, esperando a los dos hombres que se le acercaban pausadamente.

Los detuvo a una decena de metros.

— ¡Quietos! ¡No avancen más! ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

Alain los observó. Tenían un aspecto sucio y desastrado en cuanto a la indumentaria, pero sus rostros indicaban que por lo menos en los últimos tiempos, no habían padecido de falta de comida.

—Entregarnos — dijo uno de ellos — me llamo Schieffelin. Mi compañero es Finney Rancey.

—No puedo decir que esté encantado de conocerles. Hirieron gravemente a uno de los nuestros, sin provocación alguna. ¿Por qué lo hicieron?

Schieffelin se encogió de hombros.

—Teníamos hambre — se disculpó —. En estos tiempos, no se anda uno con muchas contemplaciones...

—Yo diría que con ninguna.

—Ustedes nos causaron cuatro bajas — gruñó Schieffelin rencorosamente.

— ¿Qué querían que hiciéramos? — contestó airadamente el joven—. ¿Dejarnos matar? Estamos dispuestos a recibir amistosamente a todo el que llegue a nosotros con buenas intenciones; pero ello no presupone que hayamos renunciado a la legítima defensa de nuestras

vidas. Acabemos de una vez — exclamó Alain, tras una corta pausa —. Expongan sus pretensiones y veremos si pueden considerarse.

Los ojos de Schieffelin se clavaron en la grúa.

—Están tratando de poner en funcionamiento el cohete — dijo.

—Así es — repuso el joven, sin mencionar para nada la nave interplanetaria que había estacionada en el satélite.

—Nosotros podríamos serles de gran utilidad. Mi compañero y yo somos expertos en mecánica y...

— ¿No pudieron decirlo de otra forma que con las armas, Schieffelin? —le interrumpió sarcástico el joven.

—Está bien — dijo el individuo, arrojando una oblicua mirada hacia el lugar donde se encontraba Marta —. Lo sentimos y estamos dispuestos a reparar el daño que hicimos...

De pronto, Alain observó algo raro en la mirada de aquellos dos individuos. Parecían, en los últimos momentos, un poco nerviosos, desasosegados, sin razón aparente para tal intranquilidad.

El hecho de que tuviera el rifle en las manos infundió demasiada confianza al joven. Pero en tanto se hacía aquellas reflexiones, Rancey dijo:

—Desde aquí estoy viendo que curan a uno de los suyos. Al venir, observé que un compañero nuestro se estaba moviendo. ¿Ese hombre que está con ustedes es médico?

Alain asintió:

—Sí, en cierto modo.

—Por favor, díganle que vaya a echar una mirada a nuestro compañero. Hemos hecho mal, ya lo sabemos e, incluso si ustedes quieren, estamos dispuestos a cumplir el castigo que nos corresponda, pero...

Alain flaqueó. Carrie le estaba mirando y el joven le hizo signos de que se aproximase.

El profesor echó a andar calmosamente.

Llegó a donde estaba el joven y Alain le explicó lo que sucedía. Carrie asintió y reanudó su camino.

Bruscamente, al pasar junto a Schieffelin, éste sacó una pistola.

Alain renegó suciamente al darse cuenta de la emboscada. En el mismo momento, un arma tableteó a espaldas suyas.

El joven comprendió instantáneamente la argucia de aquel par de forajidos. Les habían estado entreteniendo, en tanto uno de sus compinches daba la vuelta para cogerlos entre dos fuegos.

El profesor, dándose cuenta de lo que sucedía, se arrojó

valientemente sobre Schieffelin, asiéndole la muñeca armada. Schieffelin, más joven y fuerte, le sacudió a un lado y luego, antes de que. Carrie pudiera reponerse, le disparó dos veces a la cabeza.

Carrie se derrumbó al suelo como una masa. Mientras tanto, Alain, con el rifle apoyado en la cadera, gatillaba una y otra vez hasta aplastar a Rancey contra la tierra.

Schieffelin, libre del estorbo que le suponía el profesor, volvió el arma contra el joven.

Pero ya era demasiado tarde para él. El rifle da Alain tronó hasta agotar su carga y el forajido abrió los brazos, desplomándose de espaldas.

Alain oyó gritar frenéticamente a Dorothy. Vio correr desesperadamente a la muchacha hacia su padre y quiso recomendarle prudencia, pero en aquel preciso instante, una pistola detonó estruendosamente a su espalda.

Se volvió de un salto, levantando el cañón del rifle, sin darse cuenta de que había agotado su carga. Pero no era ya necesario que lo volviera a emplear de nuevo.

Sentada en el suelo, Marta Ruyff disparaba el arma metódicamente, cerrando los ojos a cada disparo, pero sin fallar uno. Las balas de Cortland convergían también sobre el mismo individuo y el último asaltante, lleno su cuerpo de mortales orificios, cayó para no 1evantarse más.

Después de aquel frenético tiroteo, que duró unos tan cortos como interminables segundos, un gran silencio se extendió por la llanura. Pronto fue roto, sin embargo, por los desgarradores sollozos de Dorothy, la cual, abrazada estrechamente a su padre, clamaba inútilmente por una vida que acababa de extinguirse.

* * *

Alain penetró en el cuarto de la radio.

Cortland se volvió para mirarlo, con los ojos llenos de un inmenso júbilo.

— ¡Alain! ¡Tengo buenas noticias que darle! He entablado contacto con un grupo de seis personas, dos mujeres y cuatro hombres, que se dirigen hacia aquí para unirse a nosotros. Uno de ellos es ingeniero, ¿qué le parece?

— ¡Magnífico! —exclamó el joven—. Yo también tengo una excelente noticia para usted. Hace una hora escasa que hemos conseguido levantar el cohete. Ya sólo nos falta reparar el tren de aterrizaje, cosa que conseguiremos mucho mejor con ese ingeniero.

Después...

—Después...—dijo Cortland sonriendo maliciosamente— tengo todavía mejores noticias. He... — y el operador de radio hizo una pausa deliberada para aumentar el efecto de sus palabras y luego siguió—; he conseguido hablar con la Tierra.

— ¡No! —gritó Alain en el colmo de la alegría.

—Sí — repitió, insistió Cortland —. Son unas noticias estupendas. Los supervivientes de la peste roja en nuestro planeta se están organizando. He hablado con el alcalde de Nuevo Los Ángeles. ¿Sabe cuántos son? Doscientos cincuenta. ¡Una metrópoli, fíjese, Alain! ¿Cuánto tiempo hace que no hemos visto doscientas cincuenta personas juntas?

El joven necesitó apoyarse en la pared para no caerse.

—Me parece que no me acostumbraré jamás a estar entre tanta gente.

—-Y todavía hay más, Alain — prosiguió el radio-telegrafista —. Dicen que nos aguardan y que, en el momento en que lleguemos a una base orbital, enviarán un par de cohetes a recogernos. ¿Qué le parece? Incluso habló, pero de esto ya no estoy tas seguro, de una banda de música. Oiga, Alain, ¿cuántos instrumentos cree usted que habrán conseguido reunir? Me parece que más de un pito y dos platillos...

Pero el joven no le contestó; tenía la mirada perdida en la lejanía.

Todavía les quedaba mucho camino por recorrer. Tendrían que revisar cuidadosamente los motores del cohete; no podían correr el riesgo de un fallo mecánico. Pero de esto se encargaría el ingeniero que se acercaba a Gorgonum. Luego vendría el alistamiento de la astronave; era un viaje de siete largos meses por el espacio y convenía atar bien todos los cabos para no naufragar en un viaje tan peligroso.

Sin embargo, ninguna de estas dificultades le arredraba. Tenían tiempo por delante y sabrían utilizarlo al máximo. Y al fin, llegarían a la Tierra, donde iniciarían una nueva etapa, la tercera de la Humanidad. La segunda había sido la postdiluviana y el hombre que se salvó de esta catástrofe carecía de los medios e inteligencia que ellos poseían ahora. Sobre las ruinas del mundo que fue, construirían uno mejor, con la vista puesta siempre en Dios.

El viento sopló, casi como cada tarde al iniciarse el crepúsculo. Pero ahora sus silbidos no eran lúgubres lamentos, sino ardientes cánticos de fe y esperanza que glorificaban el tiempo que iba a venir.

En silencio, Alain salió del edificio. Maquinalmente, sus pies le llevaron hacia las afueras de la ciudad, a poca distancia del borde del enorme canal.

Las aguas devolvían, fielmente reflejada, la imagen de un color de profundo azul violeta, que poco a poco iba virando hacia el negro. En lo alto, las primeras estrellas empezaban a parpadear y más brillante y más azul que ninguna de ellas, había una, a doscientos millones de kilómetros de distancia.

Una voz resonó quedamente a su lado.

—Está ahí, Alain; y nos aguarda.

El joven se volvió. Era Dorothy.

Todavía se veían en el rostro de la muchacha las huellas de la honda pena que la había afligido los últimos días. Pero el dolor que le había causado la muerte de su padre, estaba siendo substituido por una serena resignación, llena de dulce añoranza, que con el tiempo se convertiría en el recuerdo imperecedero de un hombre bueno que había dado su vida en aras del bien común.

— ¿Cómo está Benítez? —preguntó el joven.

—Estupendamente. Mejorando a ojos vistas. Sobre todo, las noticias que le ha llevado Cortland le han causado una gratísima impresión.

—Marta le ha atendido muy bien estos días — comentó Alain.

—Sí, y pocas mujeres se hubieran portado con él del modo tan abnegado y desinteresado con que lo hizo ella.

Alain suspiró. En el fondo, se alegraba de que la cosa terminase de aquella manera. Benítez era joven todavía y Marta más aún. Por encima de todos los dolores y sufrimientos, la vida se imponía.

—Me alegro. Creo…, creo que Benítez será un excelente padre para Bobby.

Dorothy asintió, sonriendo levemente.

—Creo que Marta piensa igual también.

Después callaron. El joven buscó la mano de Dorothy, que no se la negó.

La noche estaba a punto de cerrar. En el cielo, aquella luminaria azul parecía brillar más que nunca.

—Está ahí y nos aguarda — dije Alain, repitiendo la anterior frase de la muchacha.

—Sí. Y nosotros acudiremos a su cita. Los supervivientes de la gran catástrofe.

El joven suspiró.

—Tienes razón. Los supervivientes. Volveremos a la Tierra y llegaremos a ella. Dentro de algunos años, quizá nos formulemos una pregunta: ¿Debimos salir de nuestro planeta? ¿O cometimos un error

al no quedamos en él?

—No puede saberse, Alain. Unos dirán que sí, otros negarán... Pero, en el fondo, ¿qué puede importamos esa cuestión?

La mano de Alain estrechó fuertemente la de la muchacha. La miró a los ojos, en los cuales se reflejaba doble aquel hermoso lucero azul, y luego, levantando la vista al cielo, lo miró directamente.

Lanzó un gran grito.

— ¡Tierra, espéranos! ¡Los supervivientes volvemos a ti!

Después, cogidos da la mano, Alain y Dorothy echaron a andar.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

149.— ¡Hola, terrícola! — *Law Space*
150.— Ventana al futuro — *Clark Carrados*
151.— Mundo hostil — *H.S. Thels*
152.— Jaque mate — *Law Space*
153.— La ciudad monstruosa — *H.S. Thels*
154.— Parásitos cósmicos — *Law Space*
155.— El principio del edén — *Clark Carrados*
156.— El tirano del universo — *Johnny Garland*
157.— Lobos del espacio — *Clark Carrados*
158.— Los últimos selenitas — *Roy Silverton*
159.— Cárcel de acero — *Clark Carrados*
160.— Supervivientes — *Law Space*
161.— La puerta infinita — *Clark Carrados*
162.— Semilla cósmica — *Johnny Garland*
163.— Safari — *Clark Carrados*
164.— El planeta de los hombres perdidos — *H.S. Thels*
165.— La espoleta — *Clark Carrados*
166.— Tendré tu piel — *Law Space*
167.— Mercenarios del espacio — *Clark Carrados*
168. — La venganza de los hibernados. — *Law Space*.
169. — Planeta XII. — *Clark Carrados*.
170. — El secreto de los «yetis». — *H. S. Thels*.
171. — Las moscas. — *Johnny Garland*.
172. — Exploración cósmica. — *Clark Carrados*.
173. — Invasión fantasma. — *Law Space*.
174. — Crisis. — *Clark Carrados*.



Escena de YO FUI EL DOBLE DE MONTGOMERY

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8 pesos